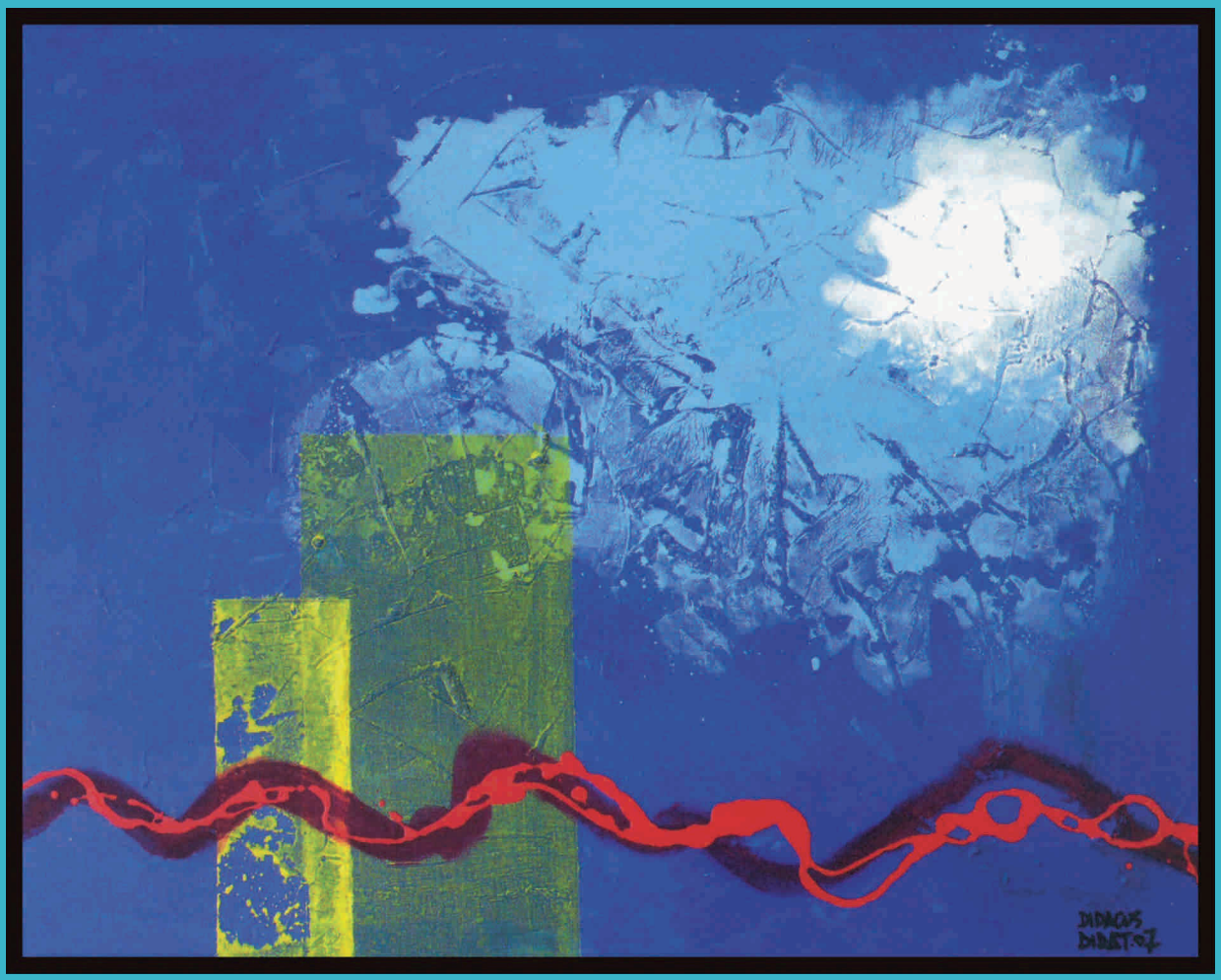
AUCA

REVISTA LITERARIA Y ARTÍSTICA



"Civilización" Acrílico 50 x 50 cm.

Con la colaboración artística de
Diego Zambrano / Didacus Didat

Asociación Cultural AUCA de las Letras
Revista cuatrimestral

Nº 29 - Noviembre 2013

AUCA

© De los textos, los autores

Coordinación : Manuel Parra Pozuelo

Consejo de Redacción : Mª Rosario Mohinelo, Manuel Parra Pozuelo y Juan Vicedo Sánchez

Consejo asesor : Inmaculada Méndez, Mª Isabel Pintos, Trinitario Rodríguez, Julia Díaz Climent, Mercedes Rodríguez, Lucía Espín Martínez, Francisco Alonso Ruiz Pérez,

Colaboradores : Annabel Villar, Mª Isabel Tudón, Manolo Condevolney, Pedro García Cueto, Claudio Archubi, Manuel Valero, Pedro Sanmartín, Teresa Orbegoso, Carmen Thomas, Bernardita Maldonado, José Luis Sanrodri, Aúrea López, Harmoni Botella, José Saez Cedenilla, Amparo Benito, Guillermo Muñoz Pilar Galán, Mª Dolores Lamata y ..Mati Bautista,

Maquetación : Mercedes Rodríguez
Diseño de portada : Francisco Javier Fernández
Delegada de Ventas : Lucía Espín
Depósito Legal : A-469-2004
ISSN : 1697-9877

Ilustración de la portada : *Civilización,* de Didacus/Didat (Diego Zambrano)

Imprime : Gráficas Cervantes

Colaboraciones y Correspondencia:
c/Gravina, 4 -Centro Loyola-. 03002-ALICANTE
mparra@postalvia.com
ahmati52@gmail.com

Las personas interesadas en posibles colaboraciones, deberán dirigirse a nuestras direcciones de correo electrónico o postal para solicitar las normas de estilo de AUCA y enviar sus escritos inéditos, en prosa o en verso, que en ningún caso serán más de dos, con arreglo a estas normas, a la dirección y en el formato que se indican. El consejo de redacción decidirá, en todo caso, sobre la pertinencia de su publicación.

La revista Auca no comparte necesariamente las opiniones vertidas en sus páginas siendo los contenidos responsabilidad exclusiva de los autores

ÍNDICE

	AUTOR	pág
Presentación	Mª Rosario Mohinelo	2
Noticias aucanas/Revistas editadas	Mª Rosario Mohinelo	3
Siempre nos quedará Paris	Annabel Villar	6
La piedra I y II	Julia Díaz Climent	7
El lenguaje poético, realidad y ficción en la obra de Jaime Siles	Pedro García Cueto	8
Otra vez la noche	Mati Bautista	12
Negro	Bernardita Maldonado	12
La bella errante	Airam Lebasi	13
Poema (a Joaquín Juan Penalva)	Manuel Valero	14
La Venus Afrodita	Juan Vicedo	15
Requiem	Airam Lebasi	16
Soneto a la libertad	Trinitario Rodríguez	16
En casa de Manolo una noche de Agosto	José Sáez Cedenilla	17
Relatos de Oychó, el jardín flotante	Mercedes R. García-Olías	18
Ánima	Carmen Thomas	24
Qué será	José Manuel Sanrodri	24
Con las cosas	Francisco Alonso Ruiz	25
Cordial evocación del pueblo mío. 2 poemas	Manuel Parra Pozuelo	26
CUADERNILLO del artista Diego Zambrano/Didacus Didat	Prosas y versos de los poetas aucanos	27
Tierras de ultramar	Juan Vicedo	38
Desde que nace el día hasta que muere	Lucía Espín	38
Aquella calle	Airam Lebasi	39
Torre del vino	Manuel Parra Pozuelo	40
El día que arrastraron al Chipé	Pedro Sanmartín Grau	41
El otro ajedrez	Teresa Orbegoso	43
Me voy	Manolo Condevolney	44
Federico García Lorca, 77 años de su sacrificio	Juan Vicedo	45
Compartir con Federico	Mª Amparo Benito	47
A Lorca	Julia Díaz Climent	48
A García Lorca	Mª Rosario Mohinelo	49
Marina	Francisco Alonso Ruiz	50
El grito	Pilar Galán	51
Copyright	Juan Vicedo	52
El placer de comer y de escribir	Airam Lebasi	53
Estar	Julia Díaz Climent	54
Llegada del otoño / Poema para mí mismo	Harmonie Botella/Juan Vicedo	55
Yerga y cantares	Mª Dolores Lamata	56
Hay una noche / Soneto para Francisco	Francisco Alonso Ruiz	57
En Colliure duerme Antonio Machado	Mercedes R. García-Olías	58
Del libro Sísifo en el norte	Claudio Archubi	59
A las trece rosas	Trinitario Rodríguez	60
Bibliotecas	Mª Rosario Mohinelo	62
Cinco Cruces	Lucía Espín	62
Las lágrimas de Perséfone	Mª Isabel Tudón	63
Agua pura	Mercedes R. García-Olías	64
Pegaso	Áurea López	65
Una historia optimista (La memoria histórica de Amalia)	Manuel Parra Pozuelo	66
Macabro	Guillermo Muñoz Vázquez	68

PRESENTACIÓN

Comenzamos nuestra revista núm. 29 con la buena noticia de la inclusión de las publicaciones de AUCA, en la Hemeroteca de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes de la Universidad de Alicante, donde están a disposición de los interesados en nuestros trabajos; y una relación de las 28 revistas editadas con anterioridad a la que hoy presentamos.

Interesantes son los temas tratados por nuestros colaboradores y compañeros. Comenzamos por los trabajos de los primeros:

Pedro García Cueto, en un bien documentado artículo, analiza la obra del poeta, profesor y especialista en lenguas clásicas Jaime Siles. Desde *Alegoría* (1973-1977) hasta sus últimos libros *Actos de habla* y *Desnudos y acuarelas*, ambos del 2009, el poeta sigue buscando el porqué de la existencia, ofreciéndonos una poesía de hondo calado existencial.

El día que arrastraron al Chipé es un fragmento de la novela póstuma de Pedro Sanmartín Grau, *Con el amanecer a la espalda,* estremecedor pasaje del asesinato de un hombre que *jamás tuvo un amigo ni supo quién era su padre.*

María Dolores Lamata Marqués nos presenta a *Yerga y Cantares*, una pareja de cigüeñas que huyen del frío y todos los años vuelven a su nido en La Rioja.

Claudio Archubi, nos ofrece unas líneas de su libro *Sísifo en el norte,* sobre su estancia en Alicante y su despedida de la ciudad, a la que denomina *Sur del Norte.*

Con *Negro,* Bernardita Maldonado, habla del orgullo de la *sangre negra que regó, hibiscos, zafras y plantaciones.*

Damos la bienvenida en el Rincón del artista cachorro, a Guillermo Muñoz Váquez, y su escalofriante mini-relato *Macabro.*

Nuestra compañera Airam Lebasi en *La bella errante,* nos plantea un misterio que no se resuelve; *Réquiem* es un tierno recuerdo al mejor amigo del hombre y en *El placer de comer y de escribir*, nos acerca de nuevo a su querida Galicia.

En la segunda parte de su extenso trabajo *Relatos de Oychó, El jardín flotante,* Mercedes Rodríguez, nos descubre parte de sus amores: el que siente por la tierra donde se crió, el que le suscitan las ballenas y su debilidad por la mitología griega.

Nos habla de misterio y venganza Francisco Alonso Ruiz, en su relato *Marina,* de bibliotecas, Mª Rosario Mohinelo y Manuel Parra comenta la novela de Carlos Candela, *La memoria histórica de Amalia.*

En *Tierras de Ultramar,* nuestro compañero Juan Vicedo, aboga por bordar otra bandera, con un *corazón que lata en un campo de almendros*, entonar un nuevo himno y crear una nueva y dichosa ciudad. También se ha encargado Juan, de glosar a Federico García Lorca, iniciando así el pequeño memorial que, a los 77 años de su muerte, hemos confeccionado en su honor con poemas de nuestros compañeros.

La obra de Diego Zambrano/Didacus Didat, pintor que nos sorprende con transparencias y opacidades, ocupa hoy el cuadernillo central de nuestra revista e ilustra su portada. Los compañeros aucanos escriben unas líneas comentando algunas de sus obras y los sentimientos que ha sugerido en ellos su contemplación.

Contamos, también, con muchos poemas, tantos que no puedo comentar uno por uno por falta de espacio. Han colaborado los poetas: Mati Bautista, Manuel Valero, Juan Vicedo, Trinitario Rodríguez, José Sáez Cedenilla, Carmen Thomás, José Manuel Sanrodri, Francisco Alonso Ruiz, Manuel Parra Pozuelo, Lucía Espín, Airam Lebasi, Teresa Orbegoso, Amparo Benito, Manolo Condevolney, Pilar Galán, Julia Díaz Climent, Harmonie Botella, Mercedes Rodríguez, Mª Isabel Tudón, y Áurea López, a quienes nombro siguiendo el orden de su aparición en la revista.

Por último sólo me queda dar las gracias, tanto a los poetas como a los prosistas, por el enriquecimiento que supone para nuestra revista contar tan generosamente con sus aportaciones.

María Rosario Mohinelo

NOTICIAS AUCANAS

Con satisfacción comunicamos a ustedes, amigos lectores, que la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, nacida y desarrollada en la Universidad de Alicante, acoge en su Hemeroteca desde el mes de septiembre próximo pasado, toda la producción de AUCA, un total de 28 números de nuestra revista, que están a la disposición de toda persona interesada en su lectura.

Desde estas líneas queremos expresar nuestro agradecimiento a tan importante entidad, de la que dijo Mario Vargas Llosa: "La Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes es un ejemplo si queremos que la cultura sea de todos y para todos", y la satisfacción que sentimos porque nuestros trabajos hayan encontrado un lugar en tan buena compañía. Muchas gracias.

---ooo000ooo---

La Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes comenzó a gestarse en la Universidad de Alicante en 1998. El proyecto se presentó un año después como fondo virtual de obras clásicas en lenguas hispánicas y acceso gratuito desde cualquier lugar del mundo a través de la red, obteniendo el respaldo del Banco de Santander y de la Fundación Botín, que decidieron apoyar el proyecto en su integridad para su desarrollo en la Universidad de Alicante. En 2001 se constituyó la Fundación Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes; su Patronato está presidido por Mario Vargas Llosa (Premio Nobel de Literatura en 2010), su vicepresidente es el rector de Universidad de Alicante y Mario Benedetti fue designado como Patrono de Honor desde junio de 2009. Entre los vocales se encuentran varios ministros y secretarios de Estado del Gobierno Español, el Presidente de la Generalitat Valenciana, los presidentes del Banco de Santander, Grupo Prisa, CRUE, Fundación Germán Sánchez Ruipérez y Federación de Gremios de Editores de España, los directores de la Real Academia Española y el Instituto Cervantes y un representante de la Fundación Botín.

REVISTAS EDITADAS POR AUCA DE LAS LETRAS

Año 2004

Revista número 0: Con esta revista que por error de imprenta salió con el número 1, Auca se dio a conocer el día 6 de marzo en el Centro Municipal de las Artes, presentada por el escritor alicantino José Luis Ferris.

Revista número 1: El día 10 de junio, y en el Auditorio de la CAM, el escritor valenciano Juan Ramón Barat presentó nuestra revista durante un acto poético que titulamos *Versos del fuego.*

Revista número 2: Fue presentada el 14 de octubre en la sala Rafael Altamira, por el escritor y periodista alicantino Mariano Sánchez Soler. Finalizó este acto con un breve recital.

Año 2005

Revista número 3: Presentada en la Sede de la Universidad de Alicante el día 27 de enero, por Rosa Monzó, Directora de la Biblioteca Gabriel Miró. Se trata de un monográfico sobre el Quijote, con motivo del tercer centenario de la publicación de la primera parte de esta insigne obra.

Revista número 4: Fue presentada en el Centro Municipal de las Artes el 27 de mayo. Para esta ocasión se organizó un espectáculo lúdico, imitación de los cantares de ciego, que titulamos *Auca en coplas de ciego,* que gustó mucho a los asistentes.

Revista número 5: El 27 de octubre en el Centro Municipal de las Artes, se presentó este número con el título de *Los colores de las palabras*. Reproducimos en su interior varias obras del pintor alicantino Rafael Llorens Ferris.

Año 2006

El número 6 de Auca se publicó en el mes de febrero y su portada reprodujo el cuadro de la pintora Enfero Carulo *Que me parta un rayo*. Bajo el nombre *Sueñan los lienzos y los versos danzan* se organizó un brillante acto con la presencia del bailarín alicantino José Espadero y de la citada pintora que es también poeta.

El número 7: se presentó en el Aula Cultural de El Corte Inglés, el día 5 de julio, con la asistencia de Alfredo Aracil, periodista y persona muy conocida en el mundo de las Hogueras y del artista Morán Berruti de quien se hace un completo retrato.

El número 8: Este número, presentado en noviembre en la Sede de la U.A., incluye un interesante trabajo titulado *La abuela de Adán Aliaga*, en el que el cineasta alicantino nos da cuenta de sus realizaciones. El conocido crítico cinematográfico Gonzalo Eulogio nos conmueve con su artículo *Minicines Astoria (26 de mayo de 1979-16 de julio de 2006): de Estado de sitio a La bicicleta.*

Año 2007

El número 9 de nuestra revista fue en verdad extraordinario. Dedicado monográficamente a Gabriel Miró, incluye textos de reconocidos estudiosos de la obra y la vida del mejor prosista alicantino del pasado siglo. Se presentó en el Auditorio de la CAM, que patrocinó su publicación, en el mes de marzo. Intervinieron en este acto el profesor Miguel Ángel Lozano y Rosa Monzó, Directora de la Biblioteca Gabriel Miró. Destacamos la aportación de la pintora Iluminada García, que realizó el retrato de Miró que reprodujimos en la portada y que donó posteriormente a la CAM.

El número 10 fue presentado el día 10 de julio en la Sede de la Universidad de Alicante. Nuestro compañero Francisco Alonso entrevista a Miguel Bañuls Maciá, el miembro de los Bañuls que continua la tradición familiar, destacando los premios obtenidos por el escultor quien actualmente comparte la creación con la docencia.

Revista número 11: Presentada en el mes de noviembre. Publicamos en este número los cuatro primeros premios de la segunda convocatoria del concurso literario para mayores *Escritura y memoria* organizado por Comisiones Obreras. Antonio Porpetta nos envió su poema *La mensajera.*

Año 2008

Revista número 12: Presentada en el mes de marzo en el Palacio Municipal de las Artes. En este acto contamos con la presencia del pintor Antogonza, a quien rendimos homenaje en una composición audiovisual. Francisco Alonso conversó con el artista al que calificó de *pintor de sueños.*

Revista número 13: Presentada en el mes de julio en la Sede de la Universidad, con la presencia del internacionalmente conocido ceramista Arcadio Blasco que nos habló del nacimiento de su vocación y de sus trabajos a través de tantos años de dedicación. Agradeció satisfecho el audiovisual que nuestros compañeros Julia Díaz y Francisco Javier Fernández, le dedicaron.

Revista número 14: presentada el día 26 de noviembre en el Auditorio de la CAM, es un homenaje al eximio poeta alicantino Vicente Mojica. En sus páginas figuran textos de prestigiosos escritores, de ilustres personalidades y de amigos y familiares que han querido unir sus voces en recuerdo del poeta.

Año 2009

Revista número 15: Publicada el mes de marzo y presentada en la sede del Instituto Juan Gil Albert, tuvo como invitado al destacado artista alicantino, pintor, escultor y foguerer, Remigio Soler, a quien entrevistó nuestro compañero Manuel Parra. La portada de este número es la reproducción de su obra *Achicoria*.

Revista número 16: Se presentó el día 20 de julio en la Sala Miguel Hernández de la Sede de la Universidad de Alicante, día en que Auca, junto a varios miembros del Liceo Poético de Benidorm, rindió homenaje a la memoria de Mario Benedetti. La profesora Carmen Alemany, nos habló del poeta desaparecido con entrañables palabras.

Revista número 17: Presentada el día 17 de noviembre en la Casa de la Festa, está repleta de poemas de nuestros colaboradores: Olivier Herrera, Maritza López-Lasso, Julio Pavanetti, Annabel Villar, Enfero Carulo, Mihaela Diaconu, Bernardita Maldonado, Joaquín Juan Penalva...; e interesantes artículos y variados relatos.

Año 2010

Revista número 18: monográfico en homenaje a Miguel Hernández, presentado en el mes de marzo en la Sede de la Universidad de Alicante. Auca agradece la colaboración de los más prestigiosos hernandianos que con sus escritos honran y prestigian sus páginas.

Revista número 19, Publicada en el mes de julio y presentada en la Sede de la Universidad. En esta ocasión hemos querido recordar y homenajear al joven artista, prematuramente fallecido, Juan Gervasio Ferré Luparia, cuya obra pictórica honra nuestra portada e ilumina algunos poemas, dedicándole las páginas centrales de nuestra revista.

Revista número 20: Presentada el mes de diciembre en la Casa de la Festa. Este número se nutre en gran parte por poemas, pero destacamos las páginas dedicadas al mundo de las Hogueras y a los autores de una obra artística impresionante ofrendada al fuego.

Año 2011

Revista número 21: presentada el día 28 de marzo en la Sede de la Universidad de Alicante, es un monográfico dedicado al poeta Manuel Molina, tan vinculado a Miguel Hernández. Es de justicia agradecer tanto

la colaboración prestada por prestigiosos profesores estudiosos de su obra, como los escritos realizados gracias a la generosidad de su familia, especialmente de su esposa.

Revista número 22: Editada en el mes de julio y presentada en La Casa de la Festa. Nuestros colaboradores optaron por la poesía, *Quizá la más espiritual de las artes,* según Raimundo Escribano; Antonio Gracia nos envía su artículo *Hacia una escritura luminosa,* salpicado de poemas y poético en sí mismo, como poética es la obra de la pintora María Balibrea, algunos de cuyos trabajos embellecen las páginas de nuestra revista.

Revista número 23: Fue publicada en el mes de noviembre y presentada en la Sede de la Universidad. En un bien documentado artículo, Manuel Valero Gómez analiza la obra poética de nuestro compañero Francisco Alonso, y Juan Vicedo nos ofrece, en el suyo, un retablo de enternecedores personajes infantiles de la literatura española. Segundo García, Catedrático de dibujo, director que fue del Museo de la Asegurada, nos ha permitido reproducir varios de sus trabajos en las páginas dedicadas a la pintura.

Año 2012

Revista número 24: Editada en el mes de abril y presentada en la Sede de la Universidad. *La voz de la memoria en la poesía de Francisca Aguirre* es el título del artículo que Manuel Parra escribe sobre esta poeta alicantina. Recordamos en este número que con el poemario de nuestros compañeros, Juan Vicedo *Brevario de amor y de palabras* y *El veredicto del barro* de Julia Díaz Climent, Auca inicia su colección *Presencias Aucanas*, que fue presentada, con su amabilidad habitual, por José Luis Ferris, director del Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil Albert, el pasado 15 de febrero. Las páginas reservadas a la pintura las dedicamos a Manuel Mas Calabuig, que nos ha permitido la reproducción de algunos de sus trabajos.

Revista número 25: Este número, presentado en julio en la Sede de la Universidad, que nos recuerda los nuevos trabajos de nuestros compañeros Francisco Alonso Ruiz y Mercedes Rodríguez, *Cuaderno de ahora mismo* y *Venecia, amada mía*, editados en nuestra colección *Presencias aucanas,* contiene muchos otros poemas en su interior: homenaje a Nicanor Parra, Miguel Hernández o Quevedo; homenaje a las víctimas del fatídico bombardeo del 25 de mayo o poemas de denuncia como *Canción del niño soldado* de Francisco Alonso, pero también poemas de amor y de esperanza. En sus páginas centrales nos ofrece las fotografías que la mirada sensible y escudriñadora de Carlos de la Rúa ha sabido captar en el lejano Oriente.

Revista número 26: Para este número de nuestra revista, presentada en el mes de noviembre en la Sede de la Universidad, el profesor Antonio Gracia, partiendo de *Un poema de Álvaro Valverde,* nos habla de ese instante en el que se siente *el escalofrío de la plenitud* y Claudio Archubi de su sueño de *Llegar al Norte.* Inauguramos nuestra sección *Rincón del artista cachorro*, con el trabajo del joven Miguel Lara *Dios y el Diablo.* Agradecemos la colaboración del pintor Martín Alía, Doctor en Bellas Artes, Catedrático de dibujo y Profesor de Universidad, pero, sobre todo, creador de una obra poética entre la realidad y el misterio, que conmueve al espectador, parte de la cual embellece la portada y las páginas centrales de este número de la revista.

Año 2013

Revista número 27: Fue presentada el día 9 de abril en el Instituto de Cultura Juan Gil Albert. Muchos y variados son los trabajos enviados por nuestros colaboradores y compañeros. En su artículo *La poesía, pariente pobre*, Juan Vicedo denuncia los planes de estudio hasta ahora dominados por lo prosaico. Aitor Larrabide, Director de la Fundación Cultural Miguel Hernández, analiza el ensayo de Manuel Parra, *En torno a Miguel Hernández*, del que dice *que nos presenta al poeta bajo prismas novedosos y originales.* Hoy nos detenemos en la obra del pintor y escultor José Díaz Azorín, dedicando el cuadernillo central de la revista a reproducciones de sus trabajos acompañados por los comentarios de nuestros poetas aucanos.

Revista número 28: Monográfico sobre la vida y la obra de Juan Gil Albert, presentado el día 4 de julio en la Casa Bardín, sede del Instituto Alicantino de Cultura que lleva su nombre, con asistencia de Mª Paz Moreno, Rosa Monzó y José Luis Ferris, que inauguró el acto con emocionadas palabras; de numeroso público admirador del poeta y de los compañeros aucanos que han participado con sus trabajos en la confección de la revista. Mención aparte merece la relación de los prestigiosos estudiosos y admiradores de Juan Gil Albert que han colaborado en esta edición.

Mª Rosario Mohinelo

Siempre nos quedará Paris

"…moriré un día triste
y lluvioso en París…"
César Vallejo

(I)

busco la patria propicia de unas sábanas
que me acogen y me acompañan
mientras me hundo
en la profundidad del sueño y del olvido

cuando en el redondo laberinto de la duda
ya no haya algo tan triste
como una vacía habitación para dos
siempre nos quedará París
pero más lejos cada día

porque podrán volver
los turistas y sus fotos
las visitas guiadas
y los libros de viaje…

pero no volverá la mano
que aprieta la mano
cuando se eriza la piel
ante la perfección cuadriculada
que se ve desde Nôtre Dame

(II)

hay un llanto que no sacia
aunque me inunde
lágrimas que no tienen prisa en morir
y volver hacia la carne

mientras *"voy de mi corazón a mis asuntos"*
escucho a lo lejos una campana
que dobla en el aire a muerte
y se mete por entre los postigos
y arranca más lágrimas

la ausencia se ha quedado
colgada de la araña del salón
el viento la balancea
y hace sonar
sus resquebrajados caireles

allí quedaron somnolientos
los días de verano
mientras se ausenta
sobre todo
la alegría

allí quedaron abrigadas
las desabrigadas tardes
de nieve en la montaña
mientras se ausenta
sobre todo
el ardor

Annabel Villar

Dos poemas

La piedra

I

Digerir la piedra,
la cumbre, el precipicio
y transformarse
en ala de nieve coagulada
despertando sin garras
al curso del deshielo
dejándose impulsar
sin miedo,
cantando en el arroyo
recorriendo la piedra
lamiendo la raíz
descarnada del sauce
sabiendo que fue
una caricia breve y sin retorno.
Digerir el sueño de la muerte
mientras desciende el agua
y las venas descienden
y navega la sangre
sabiéndose dormida
en medio de la carne.
Precipitarse al presente
del barro corrompido
del cieno fecundo de la noche
y digerir la piedra
el hombre, el tiempo
la nieve que un día
se deshace
conteniendo el sol
respirando luz de nuevo.

II

Digerir la piedra
recomponer el gesto ante el abismo
decidir si hacerse pájaro o semilla
ráfaga o aliento primerizo
y acometer el puente o el camino
la oculta senda
que asciende sin motivo
conteniendo los pasos
del indómito y el loco
o el camino seguro de la casa
adherida dulcemente al pozo.
Digerir la piedra
atravesando noches y puertas horadadas
lanzarse al precipicio de vida
ávido de sueños o de ojos
sabiendo que volver
ya no es posible
sabiendo que no existe ya el retorno
que somos afluente de sangre dividido
que un día brotó de un vientre,
de una madre
y se precipitó al mundo
convirtiéndose en intrépido o miedoso.
Digerir la piedra, enamorarse
saberse átomo crucial del universo
cántaro de luz y fuego acuoso
derramándose hecho fuente
digiriendo la piedra
hasta encontrarse
y hacerse humanidad
abismo luminoso.

Julia Díaz Climent

EL LENGUAJE POÉTICO, REALIDAD Y FICCIÓN, EN LA OBRA DE JAIME SILES

Jaime Siles, poeta, profesor, especialista en lenguas clásicas, poseedor de una obra ya consolidada, articulista y crítico literario, hombre que ha viajado por el mundo y ha compartido tantas experiencias con otros poetas y escritores, conoce la evanescencia de la palabra, su fugacidad, lo efímero de un lenguaje que siempre se deshace por el poso de la vida, donde el lenguaje oral carece de consistencia, solo lo escrito permanece, puede pasar a la posteridad, dejar una huella en las generaciones futuras.

El hombre lucha con el tiempo, solo a través del lenguaje concitamos lo eterno, buscamos la pervivencia de las palabras, como si nos sobreviviesen, pero el poeta, consciente de esa fugacidad de la palabra que se le escapa al decirla o escribirla, siente el dolor de la desposesión, lenguaje que se revela al autor, en la senda de Unamuno y su célebre *Niebla*, donde el protagonista se rebela contra su creador. Sin duda alguna, la metamorfosis de nuestro proceso vital acompaña nuestras palabras, pero ellas nos abandonan tan pronto las hemos creado, como entidades autónomas que nunca se quedan con nosotros.

Como afirmó Rosa Navarro Durán, acerca del lenguaje de *Alegoría* (1973-1977), libro del poeta valenciano donde el lenguaje lo llevará a ir "de la nada a la nada" (Rosa Navarro Durán, "La poesía de Jaime Siles: la identidad y el lenguaje", pp. 9-47), texto aparecido como prólogo en la *Antología poética* que la Institución Alfonso el Magnánimo publicó en el año 2007 sobre la obra de Jaime Siles. Muy cierta esa apreciación de la investigadora, ya que en *Alegoría*, el lenguaje se deshace ante la voz que la crea, en un proceso de descomposición de lo creado. Lo apreciamos en el primer poema, como ejemplo, de un tema clave que sobrevuela en el libro: "Como esas voces / que una palabra dicen / mientras suenan / y que luego no son / pero ya han sido / una palabra sola / mientras suenan: / una palabra ya / como esas voces".

En este poema, el lenguaje pierde su identidad, se está continuamente deshaciendo, si suenan las palabras, deberían quedar como eco, pero todo es pasado, la búsqueda solo contiene su apariencia, descompuesta en el mismo momento de ser dicha. Sin duda, la metafísica de la vida, que se pierde en múltiples apariencias, como si el lenguaje fuese también una fantasmagoría que ya no tiene entidad, solo lo sonoro queda, en el recuerdo, pero se incorpora a otras voces idas, que mueren con el cantor.

En "Interiores", perteneciente al mismo libro, Siles vuelve al juego de los espejos, lo real y su apariencia, la realidad y la ficción, conviven, sin que el cantor pueda saber quién es quién en ese juego. Las gaviotas que aparecen en el poema reflejan los seres que han de volar, efímeros, seres que no permanecen, pero que vemos pasar, en su belleza, como un interrogante vital, como el cisne de Darío: "En el tacto interior de esas gaviotas / hay un eco de sombras que conduce / a una intemperie toda de cristal / Lo que el aire levanta es su presencia / que, en un compás de luces, se diluye / hacia una abierta y sola identidad. / ¡Qué profundo interior éste del aire, / cuyas formas modulan su no ser!".

Sin duda alguna, Siles logra en esta primera parte del poema plantearnos la apariencia de un ser que vuela, que perdemos al instante de verlo, como un compás de luces, se diluye, nos dice, como si el cielo fuese ya impenetrable y nos cegase para no ver a la gaviota, un ser tan cerca del lenguaje, efímero también, cuya luz perdemos al instante de crearla.

El libro anida en una necesidad de un lector, porque la obra solo se completa con éste, ya que la inmensa soledad del creador que pierde el lenguaje al darle forma, nos lleva a un cómplice, alguien que fundamente este lenguaje efímero y lo haga sobrevivir, en un afán de necesaria comunicación, para que no muera del todo. Por ello, recordando a otro gran poeta, Francisco Brines, la poesía se vuelve creación en dos fases, la del poeta que la crea y la del lector que genera un nuevo poema, donde podemos ver la importancia del lenguaje que se va.

En *Música de agua*, el poeta valenciano inicia una senda hacia una poesía iluminadora, donde la realidad cada vez sea más esencial, el signo como representación y el silencio como su oponente. Francoise Morcillo dice, en su gran trabajo sobre Siles, *Jaime Siles: un poeta español "clásico contemporáneo"*, publicado en la editorial L´Harmattan de París en el año 2002, que su poesía, en este libro, es des-significación, ya que el

lenguaje deja de ser, se reduce a lo esencial, para conseguir que el lector conozca la identidad verdadera de la realidad, reducida al signo y al silencio.

Libro doblemente premiado, "Premio de la Crítica Nacional" y el "Premio de la Crítica del País Valenciano", donde el poeta valenciano reduce el fulgor de la palabra a un espacio menor, donde el espacio en blanco cobra significado, como nos recuerda muy bien el poeta, profesor e investigador valenciano Sergio Arlandis en el excelente prólogo a *Cenotafio* (Antología poética de Jaime Siles (1969-2009), aparecida en Cátedra en el año 2011, ya que, como nos dice Arlandis, el espacio en blanco es metáfora del silencio, necesidad del poeta ante la ficción del lenguaje y su efímero poder ante la realidad.

Yendo al libro, comento un poema que me llama especial atención, "Final", dentro de la gran valía del libro, donde la palabra muere, se deshace ante el ser que ya deja su presencia en las cosas, en la página (cobrará ésta una gran relevancia en Pasos en la nieve, pasos en la página blanca donde las palabras van y vienen, para no permanecer), pero en el poema el no ser lo es todo, la inutilidad de fingir una presencia que el tiempo nos niega, la imposibilidad de eternizarse en la palabra: "Ningún sonido o signo que se te impone. / Nada de lo que eres / te invita a ser tu voz. / En vano insiste. / Sólo / este silencio firme te acompaña. / Este silencio / más tuyo ahora que tu propia voz. / El invisible punto / ya ha llegado. / Ya solo en ti / final / la transparencia".

Como si el poema muriese en su decir, el silencio gana a la voz, lo impone, demostrando que la existencia de la condición vital está llena de sombras y solo el no decir puede conciliarnos con nuestro misterio humano. El poema logra su propósito, enunciar y deshacer lo enunciado, para que la transparencia llegue, nuestro encuentro con nuestra hondura existencia. Sin duda, la metafísica está presente, el poeta renuncia a llenar de palabras lo que el silencio dice mejor.

En *Columnae*, el poeta indaga en la sonoridad como un trasunto del yo que se revela desde la ausencia. Solo podemos vivir la integridad de lo real desde lo que no se nos revela, siendo el esfuerzo del creador necesario para restablecer el eco que deja lo que no se manifiesta, en realidad, nos hallamos ante una búsqueda de la complejidad del mundo, pero con la sensación de no hallarla sino en aquello que está ausente.

Vuelve el tema de la página en blanco, que ya desarrolló Sergio Arlandis en el prólogo a su Antología poética llamada *Cenotafio*, la obsesión es la creación de una página que llene de tinta (metáfora indudable de la negrura que atisba la claridad y la luz de lo real), la blancura del papel. Sin duda alguna, nos hallamos ante un libro que reivindica el poder de la palabra como representación de lo real, a sabiendas de la inexactitud que esa analogía produce, nada puede ser igual a lo que vemos, pese a que queramos expresarlo con palabras.

Podemos ver, como ejemplo, en Blanco, azul, gaviotas, la sensación que queda de ese lenguaje representativo de la inmensidad del mundo, pero también de su inexactitud, como si la creación del poema fuese un icono de nuestras aspiraciones donde la perfección del mundo busca su espejo en el lenguaje. Por ello, el poema se va componiendo de dos espacios, el de la naturaleza, el mar, las palomas, etc y el lenguaje: comas, puntos. La necesidad de encontrar una afinidad entre lo real y lo representado lleva al poeta a esa conjunción, una simbiosis que el poeta busca en este muy logrado poema: "El mar se transparenta / en una idea: olas, / con que se identifica / la inteligencia. Cosas / en transparencia, siendo / ondulación en forma / de sal hacia lo blanco / del azul en palomas".

La idea (representación mental) tiene su analogía en un ente real (el mar), como si la búsqueda de la asimilación del mundo real, al que solo lo representa, fuese una necesidad para dar sentido y entidad al mundo, el poeta necesita esa analogía para sentirse vivo realmente.

Después nos lleva al lenguaje, donde conviven la palabra y la naturaleza, dos esfuerzos de asimilación que el poema consigue: "Un brillo lento irisa / el cielo gris de comas. / Alas en vuelo leve. / Picos, patas, gaviotas / no vuelan, se suceden / en círculo, redondas, / y pigmentan de puntos / alas, hilos y olas".

Como si la página en blanco se llenase de imágenes, las comas son los espacios de luz del cielo, pausas en nuestro pensamiento cuando lo miramos en su enorme trascendencia, los puntos son sin duda las grafías que hacen las gaviotas, son representaciones de esa dualidad, lo real y la ficción que es su espejo en la página.

La necesidad de crear, no dejar que el tiempo de la meditación gane al de la acción se conjugan en este libro, buscando una asociación de imágenes que tengan su espejo en el idioma, único capaz de acercar el poderoso y fascinante mundo real al lector.

En 1989 llega *Semáforos, Semáforos*, un libro que fue premiado con el II Premio Internacional Loewe con un jurado presidido por Octavio Paz y compuesto por Carlos Bousoño, Antonio Colinas, Francisco Brines, Juan Luis Panero y Luis Antonio de Villena.

El esfuerzo de Jaime Siles de acercarse a lo cotidiano, dejando la poesía metafísica o más intelectual, logra un libro fresco, lleno de imágenes muy logradas, donde podemos ver el gran espíritu observador del poeta que en toda situación saca partido de una realidad que podemos ver desde lo real o desde sus apariencias.

El poeta utiliza el mundo real para crear un mundo de imágenes que lo acerquen al mundo moderno, porque este también tiene su luz, su fascinación, no todo empieza y acaba en el mundo clásico, el mundo moderno contiene briznas de luz, que le sirven para hacer un libro de gran contenido estético, donde el lenguaje, su poder de representar la realidad, cobra relevancia.

Como dijo muy bien Sergio Arlandis en *Cenotafio*, el mundo real aparece adaptado al ritmo clásico para quebrar el simulacro de cotidianidad y reforzar el concepto de artificio (p. 72-73). Cierto, porque los poemas navegan en esa línea donde se da paso a una simbiosis entre lo visual (el video clip, el zoom (del lenguaje cinematográfico)) y el ritmo clásico, pero sometido a un dinamismo vertiginoso, parecido al cine. Se trata de imágenes que se suceden con rapidez, lo que me recuerda al esfuerzo de Gimferrer en *La muerte en Beverly Hills* (1968), lo que emparenta este libro al estilo de los novísimos, al que Siles también perteneció. Lo vemos en unos versos de uno de los más famosos, que da título al libro, "Semáforos, semáforos": "La falda, los zapatos / la blusa, la melena. / El cuello, con sus rizos. / El seno, con su almena. / El neón de los cines / en su piel, en sus piernas. / Y en los leves tobillos, / una luz violeta. / El claxon de los coches / se desangra por ella. / Anuncios luminosos / ven fundirse sus letras. / Cuánta coma de rímel / bajo sus cejas negras / taquigrafía el aire / y el aire es una idea".

Como vemos, hay ritmo trepidante, como en el cine, la visión de la mujer, su descripción renacentista, del cuello al seno, también tenemos la versificación clásica, no utiliza el verso libre, más acorde para un poema de estilo posmoderno, sino versos heptasílabos, también la alusión al lenguaje de nuevo (coma, taquigrafía, idea) y un deseo de iluminar el poema, como si la luz lo fuese todo (campo semántico clave en estos versos y en todo el poema: neón, luz violeta, anuncios luminosos, fundirse sus letras).

Sin lugar a dudas, el poeta crea, desde su herencia, un poema que contenga todo lo necesario para que el lector se deje llevar por su ritmo, por su estética y por una lectura que no se rompa, ante el poder de las imágenes. La realidad, por tanto, puede ser representada, llevada al papel, para que el lector contemple fascinado el ritmo de los versos en analogía clara con ese universo donde triunfa la mujer hermosa y su escenario de luces de neón.

El lenguaje ya no tiene límites, conviven mundos antagónicos, pero que sí viven en la imaginación del poeta valenciano, en una especie de surrealismo que late en su necesidad de hacer un poema muy visual, donde todo quepa: "Lloran los diccionarios / lloran las azoteas / y dicto mis mensajes / en una lengua muerta".

Sin duda alguna, Jaime Siles arriesga y vence en el combate por hacer que el idioma pueda ser clásico y moderno, por esa conjunción de mundos en pleno esplendor, el de los semáforos, los escaparates, la mujer bella y el de las palabras arraigadas a la melancolía (otoño de terrazas, costura del cielo, blondas de niebla).

En *Himnos tardíos* (1999), el poeta valenciano ya se deja llevar por otro mundo, sabe que el creador debe contar con el lector, dejando a un lado el valioso experimento realizado en *Semáforos, semáforos*, ahora el lenguaje es un nosotros, que debe contar con el lector, en la idea ya expuesta por mí anteriormente, legado de uno de los grandes de la poesía valenciana, Brines, donde el lector se convierte en un segundo poeta que enriquece el texto, le da forma y sustancia, hasta hacerlo un segundo poema.

Ya lo dijo Rosa Navarro Durán, en "La poesía de Jaime Siles: la identidad y el lenguaje", esclarecedor prólogo a la Antología poética de Siles, publicada por el Magnánimo en el año 2007, cuando decía que Siles se identifica en el libro desde un yo poético a un nosotros, ya que es necesario el lector, para que el poema sobreviva realmente.

Sin duda alguna, el libro está tamizado de desengaño, ya queda lejos el optimismo de *Semáforos, semáforos*, donde todo era juego, el poeta valenciano vuelve a su meditación existencial, una metafísica necesaria para entender sus obsesiones creadoras. Convive entonces un mundo que se va abriendo al lector con la complejidad de un desencanto vital, que el poema, a través del lenguaje, pretende desbrozar.

Arlandis señala en *Cenotafio* que es la imperfección de la vida, lo que lleva al poeta a ese desencanto y los poemas dan fe de ello. Por lo tanto, me parece interesante comentar uno de los que más me gustan, para ejemplificar ese deseo de exponer la insuficiencia de la vida para el hombre meditativo, me refiero a "Pasos sobre el papel"; en este poema ya dice el vate valenciano que las palabras se van, llegan y no permanecen, tienen su fragancia, su perfume, pero de repente, se deshilachan con la impronta de su propio vacío; quizá el lector pueda recomponer lo ido, pensamos los lectores del poema: "Hoy todas las palabras me vinieron a ver. / Iban todas vestidas y yo las desnudé. / Tenían agua dentro y yo se las quité. / Bebí toda su agua y me quedó su sed. / No me quedó su habla: me quedó su mudez".

Sin duda alguna, el lenguaje llega y se anuncia, pero el poeta lo vacía, tras haber mancillado la virginidad de la palabra, solo queda su silencio, su mudez. Necesitamos al otro (tema clave del libro) para que ese himno, acorde con el título del libro, pueda vivir y no nos deje huérfanos de su esplendor, por ello, dice en otros versos

del poema: “Las palabras son pasos dados sobre el papel / hacia nosotros mismos pero con otra piel. / Ellas y nosotros formamos un vaivén / en el tiempo que dura nuestro yo en otro quien”.

Palabras que van y vienen, que no nos pertenecen, que son nuestras y de nadie, ese es el tema clave que sustenta el libro, donde Siles logra, probablemente uno de los mejores libros de su obra poética, esos himnos tardíos ya llegan tarde, están lejos y cerca y en ninguna parte.

Después surge *Pasos en la nieve* (2004), otro libro que me ha interesado mucho, porque Siles completa sus obsesiones creadoras y nos dice que las palabras están en la página para que brillen por un momento, aunque sean evanescentes, como la propia vida. Como dijo Francisco Ruiz Soriano sobre el libro, en un extenso artículo, este busca la salvación por la memoria poética a través de preocupaciones existenciales (p. 133). Cierto, ya que el libro quiere que el recuerdo nos salve de la muerte total que nos asedia y las palabras son náufragos de ese derrumbamiento que supone la vida, son botes salvavidas, a través de la memoria y de su espíritu de evocación, para que nada acabe del todo, que el papel (nieve) se llene de pasos (palabras) que nos ayuden a vivir, el poder regenerador y salvador del idioma y de la palabra es indudable.

Aparecen recuerdos de países vividos, amados, pero también personas, todo vale en ese deseo de no morir que significa el libro. Comento, para no extenderme demasiado, unos versos del poema “Volver”, dedicado a Leopoldo de Luis: “Volver mañana y siempre. / Volver, siempre volver / a la vez de las voces / y a la voz de la vez./ Vivir en los instantes /de una y otra piel / y en la plegada imagen / que son sobre el papel. / En ese doble puente / donde página y piel / confluyen, abismarse: / resbalar hacia el ser”.

Sin duda alguna, el volver nos salva, el recordar no nos aniquila, nos deja intactos ante el poder devastador del paso del tiempo y el lenguaje ayuda, sin duda, a evitar el destrozo de la vida sobre nosotros. La página y la piel se hermanan, porque late dentro de nosotros el deseo de inmortalidad, de no dejar de ser; la evocación, a través del poema, devuelve al lenguaje su poder y a nosotros nos sana para siempre, pese a que nunca olvidamos que vamos muriendo, en la senda del gran Manrique.

Concluyo, diciendo, que vuelve en sus últimos libros, a ese deseo de explorar la vida, de desvelar y desbrozar la madeja de lo aparente, como demuestra Colección de tapices, cuando dice, en el poema titulado “Tapiz marino”, lo que sigue: “¿Existe lo que vemos / o aquello que perdimos? / ¿Existe lo que somos / o solo lo que vimos? / ¿Existe lo que existe / o solo es un río / cuya corriente arrastra / nuestro yo sucesivo?”

Todo son preguntas, nada está claro, el poeta conoce la duda y nunca hay certezas, su inteligencia, como un bien y un mal que lo rodea como gangrena, le lleva a meditar, a sufrir por lo vivo, en una eterna contradicción entre lo real y lo imaginado, el lenguaje, sin duda le acompaña, pero, ¿es real o también es un sueño como la propia vida? No lo sabemos, la poesía de Jaime Siles sigue interrogando al mundo, como el cisne de Darío ante la incertidumbre del ser humano hacia la belleza, con su esplendor y su ruina, que nos rodea, cada día.

Con sus últimos libros, *Actos de habla* y *Desnudos y acuarelas*, ambos del 2009, el poeta sigue buscando el porqué de la existencia, el por qué el lenguaje no basta para representar la realidad y nos ofrece un claro ejemplo de gran poesía, de hondo calado existencial.

Pedro García Cueto

BIBLIOGRAFÍA

ARLANDIS, SERGIO: *CENOTAFIO*, *ANTOLOGÍA POÉTICA DE JAIME SILES* (1969-2009), 2011.

NAVARRO DURÁN, ROSA: “LA POESÍA DE JAIME SILES: LA IDENTIDAD Y EL LENGUAJE”, PP. 9-47

MORCILLO, FRANCOISE: JAIME SILES: UN POETA ESPAÑOL CLÁSICO CONTEMPORÁNEO, PARÍS, L´HARMATTAN, 2002

RUIZ SORIANO, FRANCISCO: “PASOS EN LA NIEVE DE JAIME SILES: EL DOLOR DE LA VITA PUCTUM FUGIT”, CUADERNOS PARA LA INVESTIGACIÓN DE LA LITERATURA HISPÁNICA, 31, 2006, PP. 133-164.

Otra vez la noche

Otra vez la noche,
otra vez la soledad
entrando por mi ventana.

Otra vez las voces diminutas
apenas las oigo de tan lejanas.

Otra vez mi cuerpo arrastro
por el largo pasillo de la pena calma.

Otra vez mis pasos me
conducen al mismo sitio,
al mismo cansancio,
al mismo latido,
a la misma cama.

Y cuando la mañana
me despierta,
y cuando el mismo sol se cuela
tintando de amarillo las sábanas,
abrazo la almohada y pienso:
Otra vez la misma obra se repite,
otra vez la misma escena se presenta.

Mati Bautista

NEGRO

A Mercedes Rodríguez, por los soles y los sueños que nos unen

Un gran ábside negro, como el reventado ojo negro de un toro negro, en el pequeño horizonte del que pende un hilo negro que sujeta el cuello oscuro de un negro cimbreante de orgullo de su sangre negra, que regó hibiscos, zafras y plantaciones, que cuidó con sus negras manos, que todavía sujetan el tropel de sus penas negras, como carbunclo que descendió vertiginoso desde el incendio de una noche negra y su terrible borde negro hasta el inmemorial tam-tam del negro más negro, mientras la muerte sopla en la caña madura de sus huesos negros, su eterna vibración negra.

Bernardita Maldonado

LA BELLA ERRANTE

Las gotas de lluvia sobre las hojas parecían lágrimas en el olmo que veía desde mi ventana. En vez de entristecerme la lluvia me producía una nostalgia creativa. Mi mente, al socaire del tintineo, trabajaba velozmente. El caso de la mujer del malecón me tenía pensativo. Trataba de coordinar lo sabido con lo que intuía. "Así que ella no había dicho la verdad -pensé". Había recorrido la orilla del río. Yo la había visto. Solo que por el malecón aparecía todos los días y se paraba en el rompeolas, estática, admirando la fuerza de la rompiente. No hablaba con nadie ni frecuentaba los centros de reunión de los lugareños. Era bella, muy bella en su actitud distante como una diosa. No se podía calcular su edad: entre los cuarenta y los cincuenta, tal vez menos. Erraba mañana y tarde como si esperase algo. Llamó mi atención y la vigilé desde el ventanal de una cafetería próxima al puerto. Pasaron varios días sin que variase de costumbre y como no tenía otra cosa que hacer y me aburría denodadamente decidí lanzar un cable al comisario y entablar una relación.

Me acerqué a ella en el paseo matinal. Me puse a su lado y contemplé las olas furiosas en su eterno batir sobre las rocas. A veces salpicaban. Uno de estos momentos me sirvió para cogerla del brazo y alejarla de la cascada que se nos venía encima. Me sonrió. Dejó que mi mano descansase sobre su brazo y volvimos hacia el pueblo. Yo le hablaba del paisaje, de la vida de los marineros y de los turistas, y cómo aquella era la mejor época para pasar allí una temporada. Ella me respondía con monosílabos. La invité a tomar algo y se negó. La acompañé hasta su hotel y por el camino le comenté la aparición del muerto del río. No mostró ninguna sorpresa y no preguntó nada. Se dio la vuelta y me sonrió. Adentrándose en el hall, se fue.

Les pongo en antecedentes de lo que había sucedido. Hacía unos días que se había encontrado en la orilla del río el cadáver de un hombre desconocido. El cuerpo mostraba una entrada de bala en la nuca, disparo que al parecer se había efectuado desde muy cerca. Todo llevaba a creer que la persona que lo había hecho no era ajena al individuo. Las pesquisas las llevaba a cabo mi amigo el comisario de distrito que me había dicho que habían interrogado a la mujer. Ella dijo, según el comisario, que no paseaba por esa zona. Que no sabía nada, que no conocía al difunto. Como no había testigos la causa estaba archivada mientras se buscaba su identidad por medios electrónicos, con las huellas. El que había cometido el crimen hizo desaparecer la documentación. Yo sabía que ella había mentido.

Esperé al día siguiente a que apareciese la desconocida para acompañarla en su paseo y sonsacarla. Pensaba decirle que la había visto en el río. Llegué tarde. La mañana nebulosa y fría desdibujaba las siluetas. Vi su figura entre la niebla o creí verla. Cuando salió el sol el malecón estaba desierto. Las gaviotas volaban sobre tierra y se posaban en los barcos resguardados en el puerto; revoltosas y chillonas, presagiaban tempestad en el mar. La bella errante nunca volvió.

Airam Lebasi

A Joaquín Juan Penalva

Los pasillos y despachos
conocen
los manuales de tercero y cuarto
las conferencias vespertinas
y las reseñas inconclusas.

Muy bien. Gracias por todo.
Y las manos se estrechan.
Y la sonrisa finge
todo aquello que por la noche avanza
todo aquello que nuestro cuerpo sabe
como un vértice de tiempo
como una espiral de silencio
todo aquello que nos ha conocido
cuando torpemente
apagamos las luces del despacho
y cruzamos el frío de los pasillos

Buenas noches, hasta mañana mismo.

El mismo frío y la misma oscuridad
¡Oh, aquel frío y aquella oscuridad!
que no recoge Alvar en sus tratados
que no recoge Mainer
en su librito del setenta y dos
ni los *Ínsulas* agotados
ni las páginas de *Escorial*.

Los pasillos y los despachos
nos han conocido
por aquella muerte fingida
por aquellos nombres que sostienen
toda una geografía de tiempo
facturas y silencio
por aquel Panero del Guadarrama
y por aquel Rosales de Granada.

Los pasillos y los despachos
nos han conocido
de tanto lunes y tanta persiana,
de tanto cuartel a puerta cerrada
que finalmente nos recuerda
la derrota de aquel invierno
y la *intimitat del cansament mortal*.

Allí,
donde nuestras manos
se estrechan nuevamente.

Manuel Valero

La Venus Afrodita

La Venus Afrodita, ¿nació para nosotros?
¿Nació para los pobres fumadores
que, con su pipa en mano, se deleitan
con el Times de Londres?
¿O fue su nacimiento un clamor en la noche,
el más preciado fruto de la creación total?

Olvidemos al padre de los hombres,
aquel llamado Adán, echemos a los canes
su costilla; pongámonos erguidos,
levantados, muy limpios nuestros labios,
con la ropa más nueva,
porque la Diosa vuelve
ella Sola en las aguas que una mano pintara.

La Venus Afrodita
es nuestra compañera. Respiremos su aire
si Ella nos lo permite
y digámosle a Ella
que una Diosa no muere
porque un gañán lo afirme
desde los cuatro punto cardinales,
o desde la tribuna
de una santa academia de las buenas costumbres.

Juan Vicedo

REQUIEM

Cuando las margaritas brotaron sobre la calva del césped que se había formado con la excavación de la fosa, comprendí que el cuerpo de mi amigo había pasado a formar parte de la tierra fértil del jardín. Este año las flores eran exuberantes y relucían entre las demás plantas con radiante hermosura. Desde el porche las observaba. Brillaban con luz propia y yo añoraba la fidelidad del que yacía bajo tierra. ¡Cuánto echaba de menos sus ruidosos recibimientos y sus lametones de amor!

Platón era un cachorro algodonoso e inquieto que me regalaron. Al parecer lo habían abandonado en una cuneta. Su vitalidad era contagiosa. No se cansaba nunca. Todo le servía para sus dientes afilados como agujas. Desgarraba cuanto caía bajo sus juegos de entrenamiento de futuro perro de presa. Cuando tenía un año sufrió un accidente del que me sentí culpable. Sucedió por causa de su entusiasmo al verme bajar del coche y salir alocado a recibirme. Cuando cruzó la calle un camión lo atropelló. De aquel trance le quedó una lesión de hígado que arrastró durante años. De aquel ser vibrante y ruidoso solo quedó su amor sin condiciones. Sus movimientos quedaron limitados. Visité miles de veterinarios para tratar de devolverle su movilidad, pero en vano. Era conmovedor verlo levantarse al sentirme entrar en casa. Me recibía con ladridos alegres y trataba de abrazarme con sus patas inútiles pero no lo conseguía. Este invierno pasado había muerto calladamente. Escondí su cuerpo para que los de la limpieza no se lo llevasen a la incineradora. Lo enterré en el jardín. Ahora mirando las flores agradecía la muestra de su cariño en aquellas flores que irradiaban una luz especial.

Airam Lebasi

Soneto a la libertad

Jamás podrás ponerle freno al viento,
el yugo de por vida a este chiquillo,
que nació con la huella del martillo
del vientre de su madre en mal momento.

Por doler, hoy me duele hasta el aliento
de ver cómo están muriendo sin brillo,
los habitantes de Arneva y Hurchillo,
Dolores, Rojales y el Mudamiento.

Me pregunto ¿Cómo puede un demente
quien dice ser español y cristiano,
hacer fusilar a tanto inocente?

Si de verdad tanto quiere a la gente,
¿Por qué se ensaña con el pueblo llano
de toda mi España y Crevillente?

Trinitario Rodríguez

En casa de Manolo, una noche de agosto

Esta noche quisiera acompañarte
con uno de mis versos
-adolescentes y tiernos-
que ahora, en la edad madura,
nos afloran,
cuando evocamos aquella la otra edad
que compartimos tanto,
junto a Ramón, tu primo, tan querido
y tan amigo nuestro,
cuando era todo nuevo conocimiento,
ilusión por saber y por vivir
en una sociedad hostil a la razón,
y a la cultura digna y libertadora,
cuando éramos la pequeña excepción
que a esa edad estudiaba en nuestro pueblo,
mientras que el resto arreaba a las mulas
y podaba las viñas en invierno,
y mientras tanto los hijos de los ricos con gavillas
estudiaban -poquísimo- en privados colegios
de frailes y de pago.

Ser del pueblo y no salir al campo
era, para muchos, una especie de lacra
o clase maldecida, debido a que creían
que era equivalente
a menos hombre ser y con menos derechos.
Aquí solo valía el poseer y cultivar la tierra
y no hacer otra cosa.
No tuve más remedio
que defender mi situación social al viejo estilo
en singular pelea ganada limpiamente.

¡Qué oscuros tiempos nos parecen aquellos!
Si bien también estaban rebosantes de luz
que todos deseábamos con tal de ser
y no tan solo estar.
Ahora después de tanto tiempo,
de haber vivido tanto,
de tantos y tantísimos
ocasos tan tristísimos
igual que amaneceres de esperanzas,
con alegres colores y caudalosos llantos
evocamos aquello que al recuerdo nos lleva
y entonces el pasado, lejos de entristecernos
vuelve y está presente,
e invade amablemente nuestra edad, ya madura.

José Sáez Cedenillla

RELATOS DE OYCHÓ(*), EL JARDÍN FLOTANTE (II)

EL JARDIN DE LA VIDA Y DE LA MUERTE

El mar de abajo era un mundo dentro del Mundo, pero había barreras entre ese mundo feérico y la torre vigía, mi atalaya, porque la bajada a la playa no era fácil; una de dos, o pasar por el barracón de los nativos que estaba prohibido terminantemente so pena de severos castigos, pues al entender de los adultos era un lugar sórdido donde incluso iban desnudos o poco menos, o por el camino de la derecha -bien defendido y pertrechado con alto muro y red de alambre- que separaba nuestras casas de las propiedades de la Administración, y eso sí que era serio y cualquiera se atrevía a cantarle la gallina al Señor Gobernador.

El camino de los barracones nunca lo intenté; lo más, llegué a asomarme, a olisquear como perrillo callejero para ver aquel trasiego de negrería en los patios, mujeres acuclilladas junto al puchero, hombres reposando junto a los quicios de las puertas, aunque sabía que los nativos ya no eran caníbales y las posibilidades de ser devorada y cocinada dentro de una gran olla eran mínimas. Pero tampoco afronté el temor interno a toparme de golpe con la sordidez que el colonialismo provoca en la población nativa en aras de la civilización occidental que debe ser la única válida (según argumentan los doctores de la vida), pues los demás pueblos o razas son unos salvajes que ni merecen el pan que se les da, y en cuanto te descuidas, abres un poco la mano van y se desnudan, comen guarrerías y no saben siquiera hacer sus necesidades en el retrete que es algo sencillo que hasta los niños de tres años saben hacer.

¡Qué habría podido suceder entonces con mis formidables fantasías! ¿Cómo podría haber consentido Dios que en nuestra isla pasaran cosas tan feas? El Altísimo creó la isla para ellos; yo lo sabía, porque estaban primero; luego llegamos nosotros a apropiarnos de lo suyo y en conciencia no tenían buenos motivos para querernos. De modo que tuve que intentar el camino de la derecha, arriesgándome a caer en desgracia ante el Señor Gobernador, a quien verdaderamente debía importarle tres pepinos que yo saltara el muro o cavara un túnel, pues también podía dar un rodeo y no jorobarle. Lo cierto es que el camino largo resultaba agradable porque se atraviesa un jardín silvestre cuajado de macizos de hibiscos y rosales siempre en flor. Con las grandes corolas del hibisco podía hacerme un gracioso sombrerillo de gnomo o al estilo de Peter Pan; ser duende por un instante me llevaba a imaginar toda suerte de aventuras en bosques encantados, donde cualquier ser viviente habla, transmite y todo es posible con sólo desearlo.

Llegué a descubrir en los entresijos del jardincito que a los rosales enanos les molestaba mucho que se les despojara de muchas rosas de una vez, que se sentían desnudos y se ponían mustios, entristecidos y sin el esplendor de vigorosa vitalidad del que tan a menudo presumían; eran coquetos con sus pequeñas flores carnosas y apretadas; yo me las comía aunque eran acres, sobre todo donde el pétalo se une al cáliz; tantas rosas e hibiscos llegué a comerme que me convertí en lotófaga incondicional, confesa e irreductible, pues sabía que el alma de la flor, su delicado aroma, su sencilla belleza, podían entrar en mi cuerpo y ensalzarlo con la ternura y el amor a lo Vivo, cuidando no romper sus ritmos vitales, de no cortar más que las rosas de las que el arbusto quiere despojarse, adivinando el número a base de presagios, de decir en alta voz ¡qué flor tan preciosa eres! Así conseguía la comunión perfecta con el Alma de lo Creado.

Aquel jardín era una sinfonía de vida y de muerte; en épocas precisas surgía allí un total movimiento, crecer y florecer, cubrirse de capullos los hibiscos, los adelfos, los rosales, las azaleas, el aromoso jazmín, el cafeto, el yaca y el magnolio. Todos a una, mancomunando existencia, repartiéndose la feracidad de la tierra como camaradas y amigos; liba la mariposa el magnolio y el guayabo, la mosca el amargo limonero, el abejorro con su fina trompa, la flor del mango y del hibisco de exultante gineceo; libélulas bailan sobre la azalea, avispones sobre los adelfos. Era aquel jardín un pequeño universo rutilante de acción, de simbiosis; descomunal coyunda de insectos y floraciones; un espejo perfecto, desvergonzado y nítido como debe ser la vida, sin ambages, sin ocultas intenciones. Así mi mundo, así mi corazón que crecía alimentándose de pétalos de flores.

En el momento propicio entra en juego Shiva, el elemento trastornador, para cerrar el ciclo; llegan las lluvias, porque es el trópico y el agua purifica. Días antes de romperse el cielo (porque allí el cielo se desgarra y llora) entran a escena las larvas, las orugas, las lombrices, las hormigas aladas, los seres subterráneos y reptantes símbolos de la destrucción y gérmenes al propio tiempo de la vida; los justicieros, los devoradores. ¡De qué forma tan gloriosa y directa veía yo imbricadas la vida y la muerte! Ese esplendor es engullido porque la vida es el alimento básico de la muerte. Así es, así es sin hipócritas tristezas, como la flor tierna cuya belleza me embargaba, es pasto de las orugas. Yacas, rosales, guayabo, son devastados en pocas horas; la plaga bíblica. Así es la locura, la vorágine que obliga a perecer para luego revivir. En pocos días el suelo es un tapiz de desechos muertos (pupas rugosas, caparazones quitinosos, élitros caídos); los arbustos escarnecidos duermen y quizás lloran de rabia o de impotencia. Pero es mera apariencia, una ilusión fugaz de muerte, una pesadilla de la que el jardín despertará tras la putrefacción de sus elementos; pues cuando la lluvia llega, la tierra gimiente se prepara para recibirla; después, cerrado el círculo, todo vuelve a renacer como si nada, como si se estrenara la vida.

EL VOLCAN AGORERO

Con tales avatares de oler flores y detenerme a cortar la corola del hibisco o a aligerar al mango grávido de frutos, el camino se alargaba interminablemente, de modo que si podía lo evitaba. La maravillosa naturaleza se confabuló conmigo de inmediato ayudándome a encontrar otra ruta, pues llovía mucho en la isla del Atlántico y las tierras mudaban de lugar de la noche a la mañana. ¡Cómo colaboró conmigo Abomanici la estación lluviosa!

El talud de tierra que caía sobre la vereda de la playa al final del muro administrativo se desmoronó, precisamente donde un grupo de árboles contenía el desnivel formando una barrera boscosa de robustas yacas, egombe-gombes y umbrosos mangos; la lluvia en su discurrir descarnó la raíz de un yaca, árbol humilde cuyo descomunal fruto los blancos desprecian porque es comida empalagosa propia de negro, siempre invadido de insectos atrapados mortalmente en la trampa de su pegajoso jugo. La raíz surgió sorpresivamente, en un tris, cual conejillo atónito del sombrero del mago; era fuerte y firme como el arbotante de una catedral gótica; incitaba a deslizarse por ella; solo había que descolgarse y caer en la vereda, trotar un breve trecho y desembocar en la negra arena de la playa. Playa negra, sí; no dorada, ni oscurita ni grisácea, sino negra rotundamente, porque es arena volcánica de isla volcánica que quería vivir tranquila dejada por el Buen Dios y celebrar su amerizaje desde el Cielo, cuando un buen día en remota época geológica de las que duran miles y miles de años, se formó un volcán en una de sus montañas, para incordiar, para dar al traste con su pacífica bonanza. Entróle a la montaña el acuciante deseo de vomitar el fuego milenario que guardaba en las entrañas.

Probablemente se oscureciera el sol, se cubriera de fuego y cenizas lo viviente, los pájaros se echaran a volar y los peces huyeran a las profundas aguas del Golfo; tal vez hirvieran las aguas del Mar Tenebroso; ese momento debió de ser muy dramático con profusión de estampidos y terribles bombazos; lenguas de candente lava fluyeron por las laderas otrora verdes, descuajeringando árboles inmensos como si fueran vulgares mondadientes o bolos dispuestos para una gran partida cósmica, soportando impotentes, a ver quien le rechista a tamaño fuego enfurecido; las rocas estallan en el aire en un abrir y cerrar de ojos; la tierra se abre para tragar sus frutos; escenas dignas de una ópera de Wagner, con fraguas infernales, enanos nibelungos forjando armas letales para los Dioses del Valalah; enanos herreros, deformes y horrendos, maldición del cielo, que fueron sepultados y forzados a trabajar los metales por su maldad execrable.

Isla y volcán son aquí una misma cosa, uña y carne, hueso y médula consustanciales, y el devenir de su mutua existencia tan caprichoso y pleno de excentricidades que el volcán resultó ser piadoso, casi paternal, pues arrasó solamente media isla, convirtiéndola en un lugar bifaz de dos colores. Así fue cómo por el deseo de un volcán, nuestra isla quedó mitad blanca, mitad negra, quizá como vaticinio de un futuro lejano en el que negros y blancos la poblaríamos sin poder jamás conciliarnos, porque de ser así, hubiera sido el gris o el castaño, pero nunca negro y blanco tan rotundamente separados.

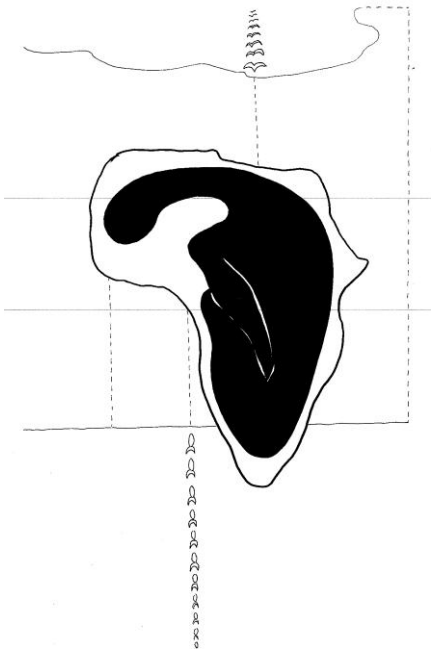
Pero es que el destino es inexorable y está acaso escrito en las lejanas estrellas; las cosas no son porque

sí, al tuntún, sin contar con la sabia participación de todo el universo, como una orquesta magnífica en la que cada instrumento se desenvuelve en función de la totalidad y no puede sonar a su placer sino cuando se lo pide la batuta siguiendo la partitura.

Cuando todo terminó se enfriaron las escorias, las aves retornaron a poblar las copas de los altivos árboles que lograron escapar de la escabechina y también regresaron los peces a las costas remansadas.

De todo esto oímos hablar a los ancianos desdentados, pero nadie conserva el verdadero recuerdo de lo acontecido; el suceso se convirtió en leyenda de dioses enfadados, de sacrificios propiciatorios que no se hicieron a tiempo para aplacar sus iras temibles, de expiaciones colectivas que en ningún momento se llevaron a cabo; por eso el castigo fue de justicia divina.

LAS BALLENAS VIAJERAS



Si el cielo se nublara no podríamos ver pasar a las ballenas, porque cielo y horizonte-mar se funden en estas latitudes en una sola y completa monocromía. ¡Ojalá no se les haya ocurrido cruzar de noche, dejándome aquí plantada como un poste!

Contemplar una familia de ballenas no es un acontecimiento común y cotidiano; son animales que no suelen ir por ahí como perro por la casa, sino que se desplazan lenta y discretamente, pues el periplo es largo, demasiado largo, atravesando la mitad del planeta. De Norte a Sur o de Sur a Norte, nunca lo supe.

Los ballenólogos o estudiosos del cetáceo (que quizá sea lo correcto decir aunque resulta más cursi), aseguran que son animales superiores, dando al término "superiores" el exquisito toque de lo humano. Dicen que los delfines, las marsopas, los sirénidos manatíes y las ballenas son bastante inteligentes; y a pesar de ser cetáceo vocablo griego que significa monstruo acuático, afirman que son familiares, gregarios y simpáticos, susceptibles de ser amaestrados con facilidad, pues además manejan un lenguaje articulando gritos, pirripipís y gorigoris que les permite entenderse entre ellos a grandes distancias; su amiga el agua les hace de recadera, aunque esto lo ignoran los estudiosos de las circunstancias. Si yo tengo mi viento mensajero, ¡no habrían ellas de tener su agua!

El grupo de mis ballenas viajeras lo capitanea un abuelo, viejo curtido en andanzas marineras, a quien no se la dan con queso fácilmente, pues es experto en grandes navegaciones y conoce el recorrido; le siguen el grueso de los ballenatos con las hembras; luego el resto de los machos cerrando el convoy. Reconforta saber que no son tan listos como nosotros los humanos, a quien se nos colaría por delante el chulo, el más bruto o el guaperas, pero no el más eficiente ni el más sabio, luego el resto de los machos, después la prole, y por último el elemento femenino que para eso es género gafo, cutre, de segunda fila y además abundante.

En destacados medios ballenísticos se sospechó enseguida que el jefe, como auténtico comandante de la manada, daba órdenes y enviaba mensajes al grupo, que podrían ser teóricamente transcritos en un imaginario cuaderno de bitácora de esta guisa:

--A ver esa berrugona que está fuera de cuentas qué tal aguanta la etapa de hoy; traedme noticias cada diez millas y si la cosa se complica, hacemos una paradita y que vaya la partera!

--Capitán! que dice la belluga que paremos un poquito que el pequeño no se le agarra bien a la teta y como sigamos a este tren se le queda el crío en los puros huesos.

--Abuelo, pis!

--¡Diantre! a ver los de la izquierda si dejan de salirse de la ruta para curiosear por ahí!, que esto no es crucero de vacaciones; es cosa seria ¡caray!; todos los años se nos extravía alguno y luego nos da el berrinche.

--¡El de los galanteos a las solteras! que se deje de silbiditos y piropos, que no es época y además están de imaginaria y servicio en guardería; de manera que prohibido terminantemente.

El ballenabuelo se las sabe todas; aparte de dirigir el derrotero, es versado en relatos y leyendas marineros; cumple el sagrado oficio de aedo manteniendo y esparciendo la memoria colectiva de su mundo acuático que es ingente y milenaria, pues el mar ocupa dos terceras partes de nuestro azaroso planeta y es más antiguo que la gente que puebla la corteza.

Sin embargo, agobiado con tan grandes responsabilidades, a veces -cada vez más a menudo- delega estas

atribuciones en las ballenabuelas, para que se sientan todavía útiles a la comunidad y porque su voz es dulce y melodiosa; sobre todo en la ballenabuela Marina la Cantaora que casi siempre va entonando con su potente voz de contralto letrillas y cancionetas como estas:

" En mi casita del mar,
tenía tres algas verdes,
adornando mi balcón,
hasta que llegó el monzón
y las arrancó una tarde".
Tenemos que bogar mucho
para cruzar tantos mares.
¡Ojalá tengamos suerte
y amainen los vendavales".
"Mi amiga la caracola
es altiva y es coqueta
que va por los siete mares
presumiendo de poeta"

En los océanos son conocidos los sostenidos de esta ballenabuela, pese a que los especialistas, confundidos por la tecnología y carentes de imaginación, consideran los prolongados pirripís de la insigne prima donna submarina como vulgares suspiros amorosos. Todo lo solucionan con la sexualidad que es muy socorrida, cuando se ignora el porqué de los comportamientos de las criaturas.

Ella pone toda su alma, su arte y su experiencia al servicio del canto y los relatos.
Va por los mares Marina,
a favor de barlovento
recitando sus poemas
y relatando sus cuentos.

La historia preferida de los ballenatos es "El Delfín y el Minotauro" sacada de antiguas leyendas que se extendieron primero por las profundidades y después por los cielos de los hombres; y no hay viaje en que no clamen ¡abuela cuéntala, cuéntala, por favorcito!; pero… esa historia ya la sustraje para narrarla como un cuento inventado en el que las verdades y los sueños estuvieran entrelazados.

Marina La Cantautora siempre lanza un suspiro al terminar su relato, y añade canturreando de su cosecha, una conseja para que cada ballenito la asimile como quiera:

La auténtica amistad
Y el cariño verdadero
Eliminan todo escollo
Entre los seres sinceros.

De esto pormenores y otros detalles del dilatado periplo de las ballenas se tuvo conocimiento al estilo de los espías, poniendo micrófonos, sonares y tele-escuchas submarinos que aunque resulta sistema técnicamente fiable e internacionalmente permisible, no deja de ser por ello una falta espantosa de educación y un quebranto de la intimidad tan gordo como el teleobjetivo para fotografiarle las vergüenzas al famoso de turno. Y es que los científicos abusan un poco porque las indefensas ballenas jamás podrán acusarles de libelo y descompostura de imagen ante el Tribunal Supremo de las Profundidades, que si no se iban a enterar.

¡Adónde vamos a parar si ya ni los pacíficos cetáceos pueden andar tranquilos a sus anchas por la mar océano que es su mismísima casa! Toda va luego de boca en boca y se aprovechan los cochinos barcos balleneros de conocer su vida y milagros, matándolas impune y salvajemente.

El que fueran los seres más grandes del planeta no era lo verdaderamente extraordinario; para compensar el desvarío biológico también existen los microbios invisibles, especializados en hacer la puñeta al prójimo y eso es cosa sabida. No, lo más extraño era que tan imponentes moles se alimentasen de plancton diminuto; y me figuraba que al comer cosas invisibles, tenían que pasarse el día tragando y tragando e imaginaba que con el trajín del viaje y la velocidad de crucero apenas tendrían tiempo para echarse un maldito placton a la boca y naturalmente llegarían a nuestras latitudes en el grado cuatro del ecuador, que es la mitad de su ruta, hechas un asquito, escuálidas y deslucidas. Pero a la vez me consolaba de tan tristes y depresivas cavilaciones recordando los potentes chorros que lanzan; es una delicia para los ojos verlos en toda su plenitud y potencia. Resultaron ser el vapor del aire de sus pulmones y no artísticas fuentecillas como había yo creído durante tanto tiempo -¡con qué facilidad se despachurran los más dorados y mágicos sueños de los niños!- ¡Qué canallada saber que el

chorrito tan lindo es su perdición, pues así las localizan los malvados capitanes Akab!

Encomendaba el periplo de mis ballenas al divino Poseidón quien durante siglos y milenios tuvo el dominio completo de los mares conocidos de en medio de la tierra y de los océanos ignotos, incluso el gobierno absoluto de ínsulas y continentes mitológicos. Erigió palacios de cristal circundados por siete murallas concéntricas. Bajo su cetro se sometieron las aguas dulces de los lagos y los ríos, las praderas y los árboles, pastaron los bueyes y galoparon los negros corceles atlantes; su poder fue inconmensurable.

No permitía Poseidón que ningún humano se enseñorease en su mundo marino. Ni siquiera los próceres Argonautas, crema de la juventud griega, artífices que fueron de renombradas hazañas en los confines del mundo; ni el divino Heraclés, ni el propio Odiseo –astutos si los hay- osaron enfrentarse a su poderío, procurando siempre que el dios les fuese propicio y no adversario, amigo y no enemigo. A él sacrificaron animales puros y sin mácula según los ritos ancestrales, sabedores de que jamás duerme dada la magnitud de sus dominios submarinos que recorre incansablemente sobre un carro tonante tirado por caballos negros. Bien pudieron gobernar los griegos la superficie del mar y ser dueños con tal deidad como aliado en las profundidades, bien podían abandonarse plácidamente al estudio, la creación de democracias y ciudades-estados y al cultivo de las artes más bellas con tal divinidad velando por su suerte.

Todo fue prosperidad, saber y armonía hasta el advenimiento del hijo de Filipo que cargado de soberbia se creyó hijo de un dios y fue a toserle a Poseidón, trastocando el orden del universo con la conquista de un imperio continental y asiático, contrario a él, fundamentalmente atlántico y marítimo. Imperdonable pecado de Alejandro que llevó a Poseidón a retirar la protección y el favor a sus pupilos, dejándolos abandonados a su mortal albedrío… y todo se fue al garete rápidamente.

Las ballenas volverán el año que viene y el otro y muchísimos más, porque ahora el asqueroso negocio ballenero ya no está en auge y no se cotiza el aceite, el esperma ni el diente.

Sin embargo a mi me queda poco tiempo porque hablan de que pronto acabará el gobierno autónomo y darán la independencia a este territorio, y como negros y blancos difícilmente estarán reconciliados, tendremos que partir, acaso furtivamente como los ladrones, tal vez algunos tengan miedo, quizás muchos lloren porque somos de aquí, no de otro lugar y maldigan el día que se inventó el colonialismo con su carga de explotación y crueldad, de soberbia occidental que hace de hombres siervos y esclavos porque son diferentes, convierte sagradas y remotas leyes en nimias costumbres y cultura en folklore; acaso nos iremos surcando el mar en pos de los delfines, o saldremos volando en pájaros de hierro, alguno abandonará todo lo que tuvo, lo que cree que una vez pudo pertenecerle, su tierra, su trabajo, su sudor, su identidad, y quizás la única oportunidad que la vida le brindó para ser auténtico y feliz, porque ya no quedan islas caídas de la inmensa bóveda celeste en medio del Atlántico; es un milagro irrepetible.

Unos a otros nos consolamos diciendo que hay otros lugares en la Tierra, que las Antillas se le parecen y allí hace siglos que negros y blancos coexisten sin demasiadas tensiones; que se han mezclado mucho creando razas nuevas que no son negro-negro ni blanco-blanco, que se da allí el mango, el papayo, el ñame, la guayaba y el ananás; que la malanga y el plantí se comen y se duerme la siesta como sagrado rito cada tarde (eso será fundamental para papá); que también tienen sus tornados y huracanes, incluso volcanes dormidos y despiertos. Todo sería posible si ellos no fueran ellos y nosotros no fuéramos nosotros. !Qué estúpidas conclusiones!

ANITA Y EL CONGO

Tendremos que marcharnos. Alejarnos rabiosos de la tierra nuestra. O sumisos; convencidos de la fatalidad de la política internacional. O llorosos; desencantados por la fe perdida y la esperanza rota.

!Quién puede decirme que esta tierra no es la mía! porque no tenga títulos de propiedad que son mentira nacida al amparo de decomisos y engañifas; títulos, papelotes quizás otorgados por coronas que no resistieron

el hachazo del tiempo, por imperios falaces donde el sol se puso y se jorobó el invento; títulos vanos trocados a los aborígenes con triquiñuelas, deslumbres y abalorios.

¡Quién puede conseguir que la ceiba no se sea mi amiga si yo comprendo su alma fronteriza!; ¡quién puede robarme el cariño de un lagarto o la simpatía de un anciano negro que pasea, ausente de la rectitud del tiempo, con una gran pamela malva orlada de florones de cerezo!

¡Quién puede convencerme de que el negro humus no se ha regado con goterones del sudor de la frente de mi padre, que son tributo noble, sencillo y bueno!

Sólo Anita es capaz de entenderlo. Sólo Anita, cuando sentadas sobre el suelo ante la taza de café cerrero, nos mirábamos huidos los ojos al espacio inmenso y yo lanzaba una palabra sugerente que iniciaba un juego: "Ceiba; o ceiba mocha". Y ella respondía sonriendo: "Ejcoba el cielo mi hijita, ejcoba el cielo". No sólo nos unió la ceiba y la guanábana que son hitos accesorios, sino la ausencia dilatada de una isla en el trópico que huele a paraíso escamoteado, a edén perdido para siempre; la conciencia de no poder volver a pisarla, saborearla u olerla hasta Dios sabe cuándo -o jamás volver- y el complejo de huida clandestina al amparo de abandonos y silencios furtivos.

Ella, revolucionaria y guerrera quinceañera que se tiró a las sierras bravas como mambise antiguo "a quitai a lo yanki lo que le chingamo a vosotro primero, a puro huevo', imbuida de todos los sagrados sueños liberadores que bullen y crecen en la mente de un joven con el alma llena de amor y fuego; huyó luego de consignas moscovitas porque "golían a tufa europeista; y eso ta güeno pa vosotros; pa nosotro que somo caliente, caribeño, es ñángara, cacafuaca de mamú". Huir, huir. Anita se expresaba en jerga criolla cuando el alma le dolía o cuando le rascabas el corazón y se le encogía el ser de dentro al escuchar una guitarra y una canción guajira. Mujer instruida, hija cultural de la revolución, pero...."sólo de cáscara pa juera, que'l corasón lo tengo huevón, guajiro y tielno".

¿Qué fatal destino nos puso en mutua comunión un mes de Junio de 1968? Dos aviones se confabularon para levantar el vuelo hacia Madrid; miramos las dos el contorno de una isla mágica que se esfumaba por arte de birlibirloque; una, isla negra y criolla, cara a la América: Camagüey, Santiago, Habana; la otra, isla blanquinegra, jardín flotante: Ureka, Bilelipa, Aleñá, Eriko, cara al Africa Negra. Yo la dejé, dócil al mandato de mi padre; mi padre, fiel al mandato del sistema y del gobierno; ella por miedo de Moscú lleno de hielo; yo, por miedo del Congo... el Congo, soliviantando siempre el horizonte de mis sueños.

El Congo, siempre mariposa
clavada en madero muerto,
fría, rígida, vidriosa,
mortecinas alas que tuvieron vuelo,
pinchada en la soledad y el silencio.
El Congo siempre,
nuestro tabú, el miedo.
El Congo de los cuerpos abatidos.
el Congo de la sangre fluyendo.
El Congo siempre,
El Congo sustantivo y adjetivo.
El Congo pronombre
El Congo verbo y adverbio.
El Congo siempre,
quebrantando el horizonte
de mis felices sueños.

Mercedes Rodríguez García-Olías

(*) Es el nombre aborigen de la isla de Fernando Póo, donde me crie.

Ilustraciones de Rosa Martínez Guarinos

Ánima

Para ser mejor que ella, que todo, que cualquiera
Para ahogarme en un mar de pozos castaños
Y sentenciar que soy simple, y tan sólo
El miembro fantasma de tus manos
Cuando las nubes se levanten en el alféizar de mi alma
Otra vez tú rescatarás las libretas quemadas
Y convertirás el azufre en hilo
Para coser palabras.
Para ser mejor que ella, que todo, que cualquiera
Tú no me haces falta
No necesito más que este azufre
Humedecido con el roce de las nubes
Y tu pálpito compañero, mi Ánima…
Tú, miembro propio, tan mío y constante
Al que algunos ignorantes sólo llaman *fantasma*.

Tú, pálpito,
corazón y sangre…

Carmen Thomas

Qué será

Será tu voz desnuda
brillando en lontananza,
y un jazmín de flores etéreas
que aguardan nuevas, el alba.

Será un buitre de lluvia
y unos dedos en el cielo
quienes libres de tu rostro
alisan las arrugas de lo viejo.

Será agua y será tierra
no será viento o sueños
quien rebrote tu vida
en mi verso cualesquiera que sea.

José Manuel Sanrodri

Con las cosas

Con la tierra y la lluvia
y la calle que es mía y que es de todos
Manuel Valero y su amistad poética
Manuel Valero y el sol del mediodía
y nuestro tiempo compartido,
además de las cosas que existen.

Con las ventanas abiertas
y la puerta que lo recibe
y el olvido de los relojes
Antonio Zapata.

Con las palabras vivas
que significan aire y amistad para siempre
están Antonio Zapata
y Manuel Valero.

Con los poemas y los días
y el cielo más azul
o el mar como un grave cuerpo
que nos crece en los ojos
ilimitadamente.

Antonio Zapata,
Manuel Valero,
mis amigos los poetas
con la juventud de sus palabras
con la inteligencia
y la nobleza humana,
y con las cosas que conocemos
y con el tiempo que vivimos.

Francisco Alonso Ruiz

Dos poemas: Cordial evocación del pueblo mío

Siempre llevo conmigo a mi Socuéllamos

Esdrújulo es su nombre y tan sonoro
que es, sin dudarlo, nombre prodigioso,
egregio nombre igual de fabuloso
como aquellos que indican un tesoro.
¡Oh nostalgia entrañable, río de oro
de imágenes de un tiempo tan precioso,
imborrable y presente y tan hermoso
que es el que más evoco y más añoro!

En mí te llevo, fijo e inmutable,
huella indeleble que no podrá borrarse
de un tiempo ya lejano e insobornable,
que allí quedó grabado al iniciarse
en el ámbito aquel tan entrañable
lugar donde mi pueblo fue a ubicarse.

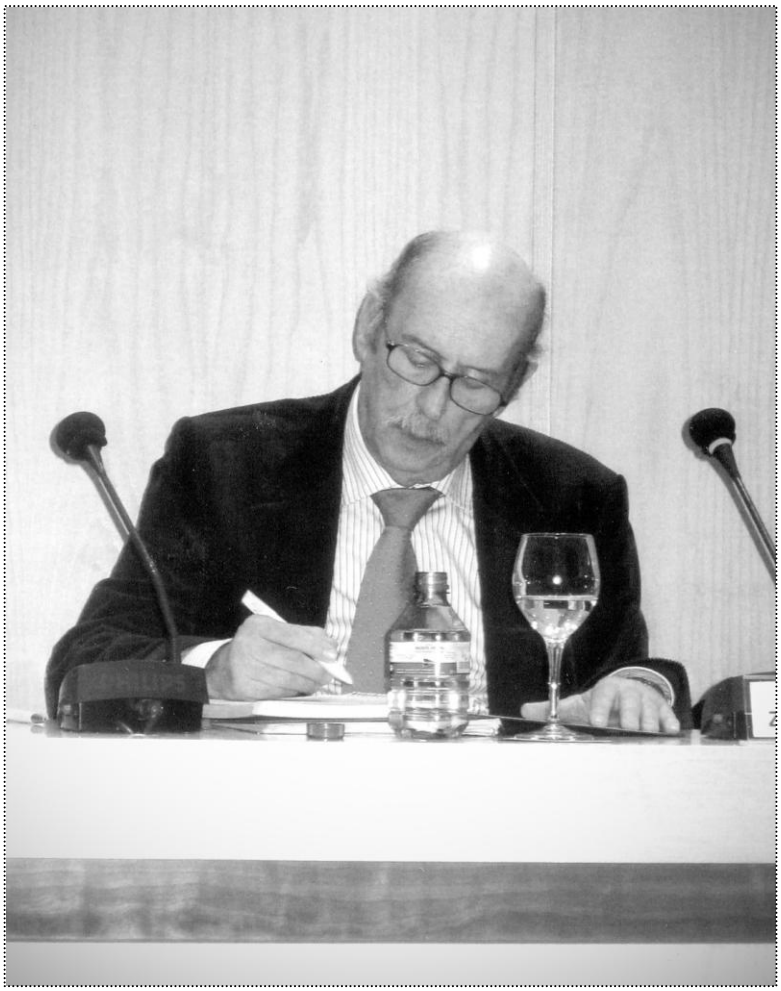
Las tierras y labores de mi pueblo

En estos campos tan socuellaminos
tantas y tantas cepas tan cuidadas
son el germen frutal de las añadas
que hicieron tan famosos a sus vinos.
En el cruce de múltiples caminos
de la Mancha inmortal, ahora añoradas
son tus auroras siempre recordadas
en el haz y el envés de mis destinos.

Tierra la de mi tierra, tierra mía,
donde viví mi infancia tan lejana,
tierra toda belleza y alegría,
tu amanecer, igual que una campana,
señalaba el comienzo de otro día
que reiniciaba la labor humana.

Manuel Parra Pozuelo

DIEGO ZAMBRANO, UN ARTISTA BIFAZ, PINTOR Y POETA, QUE NOS SORPRENDE CON TRANSPARENCIAS Y OPACIDADES



Diego en su faceta de poeta

Poema sobre el arte plástica

Un conjunto de colores,
se sobreponen,
buscan su propio espacio
para dormir para siempre.
Luego llegan las líneas,
agitadas y nerviosas,
que atraviesan de aquí para allá
la superficie del lienzo…
Los ojos no saben lo que ven;
el alma se sobrecoge
y el corazón transita,
y las palabras son balbuceos.

Pero el cuadro está ahí,
mirándote para siempre.
Y te atrapa y no sabes por qué;
y te contagia…
es un horizonte nuevo
que a partir de ahora
empezarás a amarlo eternamente.
Es un mundo nuevo
que te atrapa, te somete y te subyuga.

Diego Zambrano

SINFONIA AMARILLA

Sinfonía amarilla son las cosas
tiempo y silencio y clima indefinido
claridad del color recién vivido,
y amarillas esencias deliciosas.

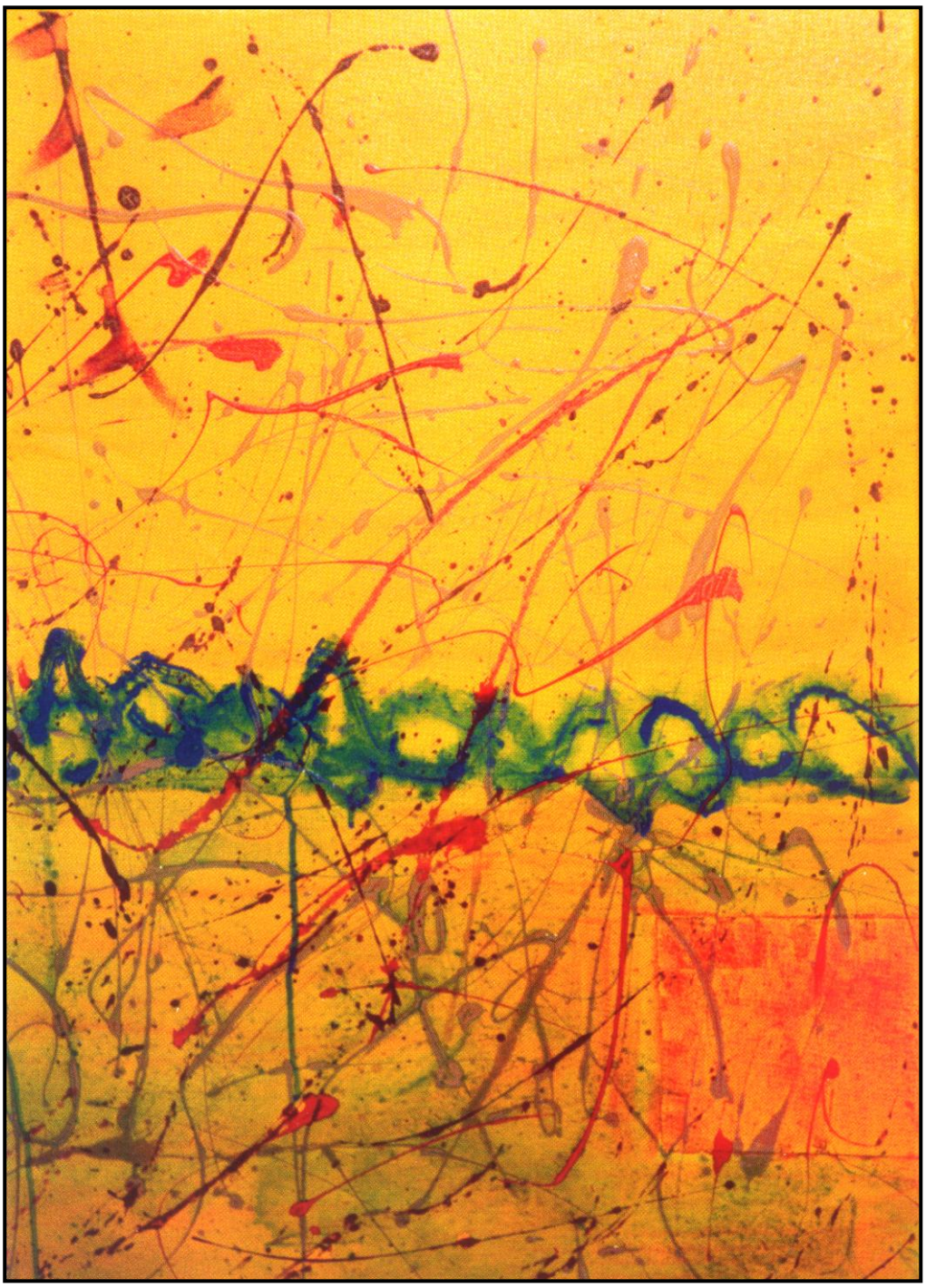
Sinfonía amarilla que aparece,
y que desaparece si miramos.
Camino amarillento que buscamos
y en óleo se va, se desvanece.

Sinfonía amarilla. Aire intacto
que se expresa gozoso en la pintura,
se nos quiere decir tanta hermosura
cuando lo más real se torna abstracto.

Sinfonía amarilla que despacio
se va sintiendo, levedad que vive
su perfecta quietud y que pervive
en el profundo y misterioso espacio.

Pero todo se vio y en todo brilla
la música, el temblor, la vida clara,
cuando Diego Zambrano nos pintara
sinfonía amarilla.

Francisco Alonso Ruiz



SINFONÍA AMARILLA. ACRÍLICO. 40X60 CM.

GALIMATÍAS. (Del fr. *Galimatías,* discurso o escrito embrollado.) m. 1. Lenguaje oscuro y confuso por la impropiedad de la frase o por la confusión de las ideas. 2. Fig. y fam. Confusión, desorden, lío. Su pl. es *galimatías.*) Así se titula la obra de DIEGO ZAMBRANO que tenemos en la hoja siguiente: **Galimatías.** Pero mucho nos tememos que el autor nos ha querido despistar lúdicamente. Él sabe de sobra que todo está en su sitio, que cada forma y cada trazo son autosuficientes semánticamente, que cada color se une de manera acorde con el siguiente, ya se contemple su acrílico de arriba abajo o de izquierda a derecha. Todo es color, todo es volumen que destaca. Esa tremenda mancha negra, ese rojo vivísimo, esos verdes y levemente negros suavemente desleídos. ¿Estamos ante un motivo goyesco? No, estamos contemplando una excelente obra grande donde el toro se ha convertido en continente y donde el hombre juega, mientras vive, frente a la frente astada de su antagonista, con la amenaza siempre de la sangre. No es un mundo plano el que nos deja Zambrano, sino un cosmos donde todo se agita y donde cada mancha golpea con fuerza la retina y la inteligencia de cada observador.

Juan Vicedo

GALIMATÍAS. ACRÍLICO/LIENZO. 79X66 CM.

Diego Zambrano-Enríquez ha sabido retratar el espíritu del Puig Campana. Desde la única parte oscura del cuadro, zona de arbolado y matorrales, se alzan los rasgos nítidos y azules de su silueta, recortada en el blanco lienzo de las nubes que atrapa con su cresta, sobre el fondo, también azul, de un cielo sereno. Tiene en su interior el Puig Campana de Diego Zambrano-Enríquez, a pesar de sus 1406 metros de estatura, de la densidad de su estructura, de los plegamientos y cavidades de su piel, de los pedregales y de lo abrupto de su naturaleza, un ansia de ligereza, una vocación inequívoca de vuelo, una aspiración de libertad y canto -no en vano se llama Campana-, que el artista ha sabido detectar. No le basta al monte contemplar, desde el mirador privilegiado de su cumbre, el mar, tan hermoso y cambiante, la belleza del firmamento y de los paisajes cercanos o lejanos; él quiere convertirse en una de las águilas que planean orgullosas, libres y sin ataduras, volar, llevar su voz a otras tierras, besar las cumbres de Aitana, hacer nuevos amigos y después regresar y contarnos sus experiencias, y volver a volar y regresar de nuevo.

El pintor, sensible como buen artista, ha comprendido sus deseos sin extrañarse, por eso el cielo ocupa más de la mitad de la superficie de su cuadro para que el día en que el Puig Campana logre soltar amarras, pueda ascender sin dificultad.

María Rosario Mohinelo

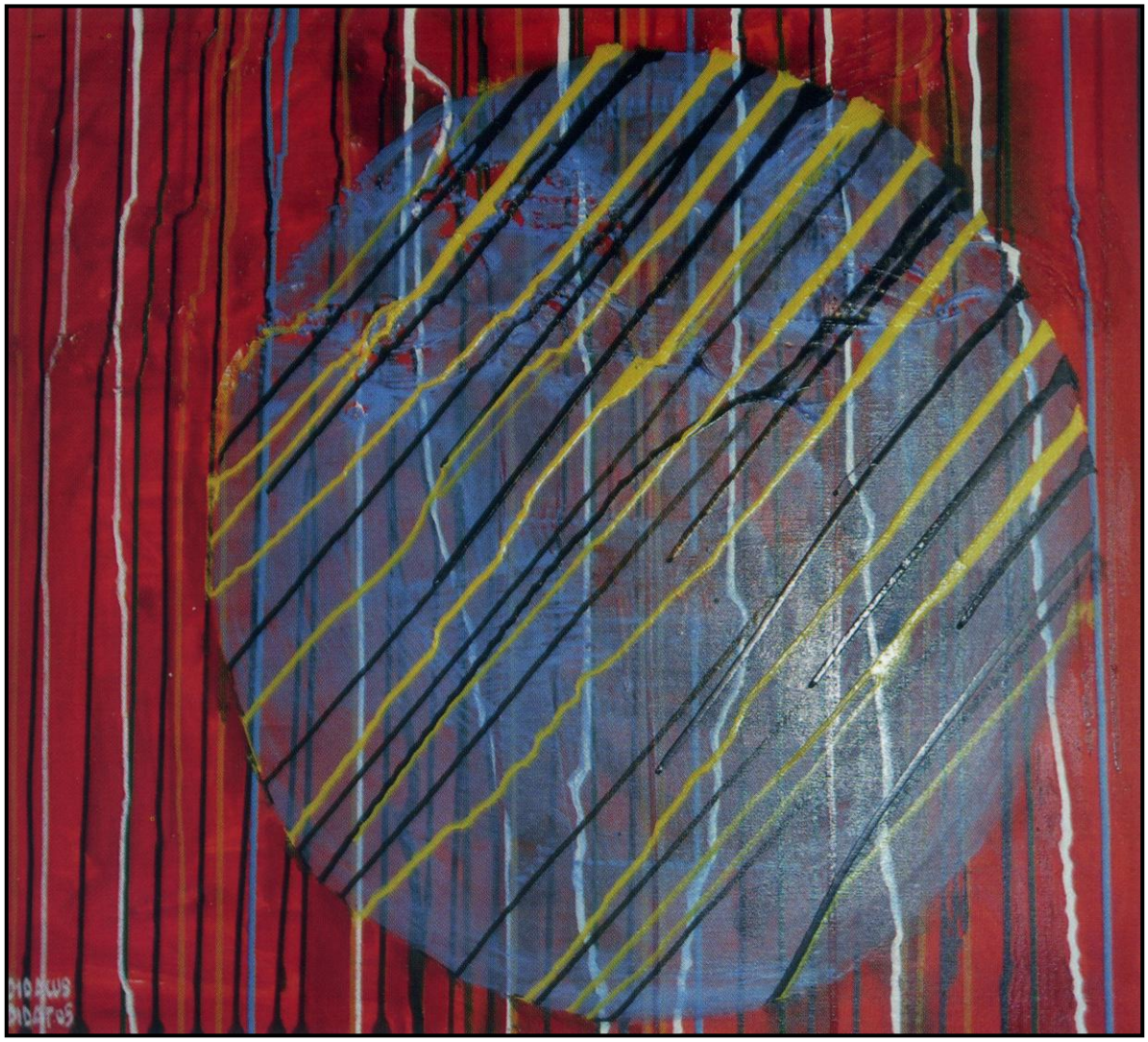
PUIG CAMPANA

COMPOSICIÓN CIRCULAR

Son rojos y grisáceos los colores
con líneas que los cortan inclementes,
si los miras regresas a dolientes
instantes de penares y dolores.
Al cuadro le acontecen mil terrores
de puntiagudos límites hirientes
que no son dulces curvas sonrientes,
sino espinas sin restos de las flores.

En el rojo rectángulo se asienta
un ojo polifémico y abstracto,
una mirada incómoda y violenta,
un círculo crüel de raro tacto
y el mirar que se rompe y que se aventa
ante un lienzo tan pleno y tan compacto.

Manuel Parra Pozuelo

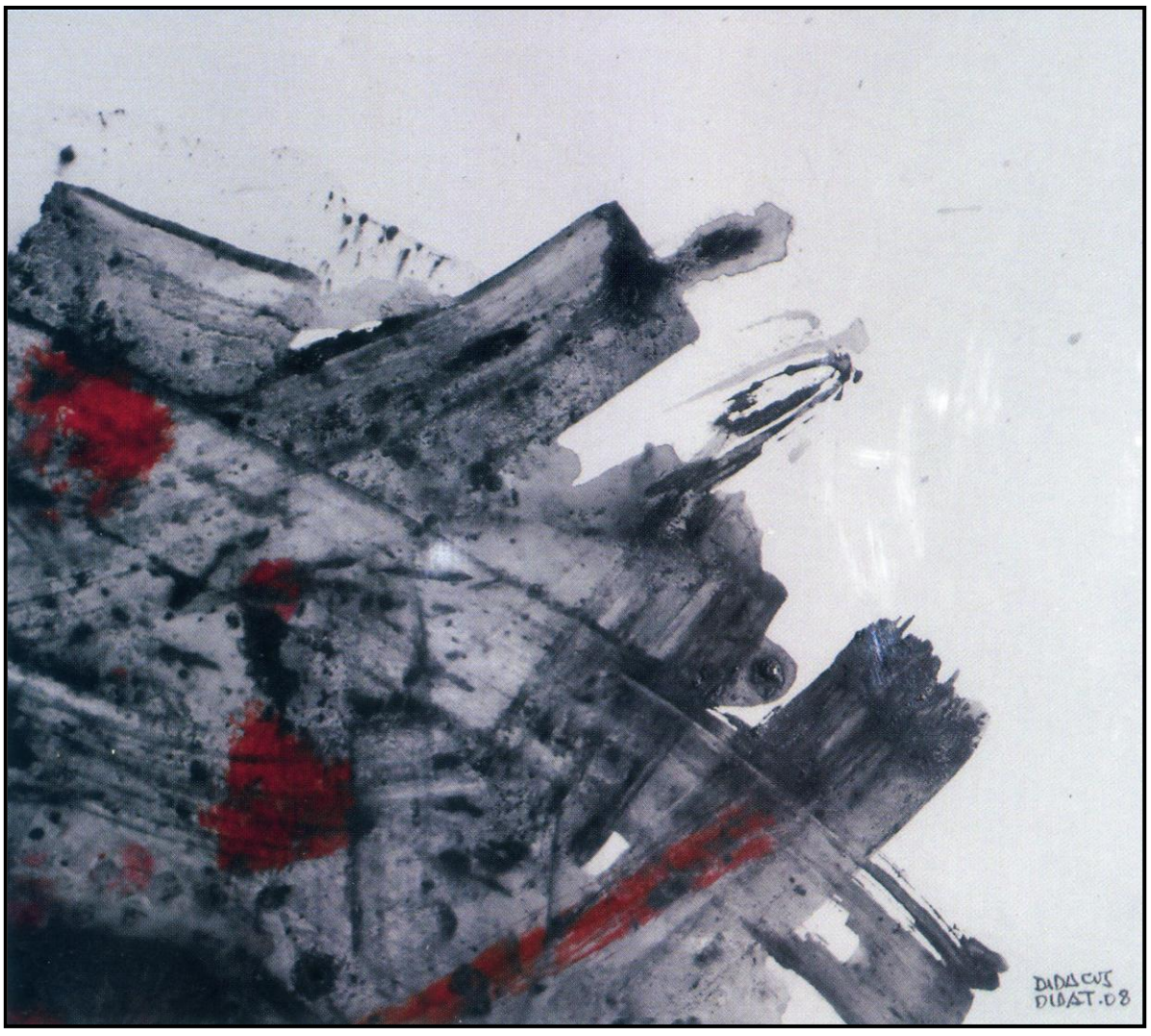


COMPOSICIÓN CIRCULAR. ACRÍLICO/LIENZO. 80X80 CM.

SANGRE Y MÉDULA.
(Test de Roschard)

¡Oh, magnífica abstracción! Tan lejana y a la vez concreta hechura de arterías, de vénulas.
Anatomía pura del silencio de la sangre.
Ora discurriendo en el interior, ora vibrando con clamor inaudible en la médula.
Me recuerdas quién soy, quiénes somos, dónde la voz se esconde, en qué cavernas sombrías surgió nuestro canto acurrucado.
Pareciera que todo es tiniebla, grisura, mas es benéfica matriz de penumbra.
Tal vez no es lo que parece la magnífica abstracción en rojos y grises. Engaña al ojo y perturba al espíritu. Acaso es otra cosa que no sé definir; un test de Roschard para conocerme.
Porque estás brillando en los canales de mi mente y te haces por mi voluntad transformación alquímica de sustancia líquida.
Pura Vida pariéndose en la oscuridad.
El fuego no ha llegado a rozarte. No conoces el fuego que en ti habita. Por eso, la niebla, la turbieza.
Pero avanzas tenuemente, sangre inmaculada, tímida en tu compacidad bermeja, navegando en la impureza de un movimiento incipiente.
No es tuya la quietud que se aparenta.
Los trazos de penumbra eyectan más materia oscura que al final te envolverá.
Entonces, ya no solamente forma, ya no solamente fuerza, podrás llamarte criatura.

Mercedes Rodríguez García-Olías



COMPOSICIÓN 1. MIXTA/CARTULINA. 22X22 CM.

LAS TIERRAS DE ULTRAMAR

Hay que quemar el carro de la farsa y las carretas sucias de la farándula. No queremos que esta tierra siga llena de máscaras, con los colores sucios de quienes se maquillan ante el amanecer. Hay que enviar al destierro a los actores que han aprendido su papel y no viven en ellos mismos, sino en la mente que los creó para que fuesen sólo espejo de la nada. Hay que fulminar con el vigor del rayo a quienes cantan tonadas ajenas, mientras sueñan con ventanales góticos de claustros y a quienes se alimentan durante la noche para no quebrantar las horas del ayuno.

Yo os digo: bordad otra bandera. Que naves y navíos luzcan otra bandera en el mástil más alto, sin el león de orgullo, sin la espada de sangre, sin la ignominia de los vencedores. Sea así vuestra insignia: un corazón que late en un campo de almendros y un olmo centenario sobre el suelo que amamos. Sólo colores pálidos: los mínimos colores elementales de las cosas que son y que nosotros vemos. Sólo el azul del mar, sólo el azul del cielo y el pálido reflejo de la rosa. Nada de grises, nada de negros lutos: sólo el azul o el verde que la mañana trae a la arboleda.

Y entonad otro himno. Dejad para los grandes de estos mundos las palabras sonoras más vacías, los clarines que ensalzan las batallas y el tambor que restalla en las manos del soldado más joven. Y que suene el violín, el cuarteto de cuerda más hermoso que se hace en la noche un cántico encendido. Trabajad vuestro himno lentamente, sin ambición de oros, con las manos humildes del barquero, con los ojos serenos de las muchachas. Y que resurja el toro, un vendaval de furia masculina, de músculos feroces que propagan la dimensión de un orbe, el vigor más preclaro de la sangre que en libertad se goza. Acariciad al toro: que masculino y fiero se defienda del hacha, de los hierros candentes que quisieron robar su ser por siempre luz y sus astas de fuego reluciente.

Buscad otra ciudad que sea noble y alta, a la orilla del río, con jardines y plazas, con glorietas y fuentes, con amplios malecones junto al caudal del agua y muchachas felices en las rosas. Nadie verá allí la sombra abandonada del pasado, las luchas en el circo ni caballos uncidos a la cuadriga, sino arcos de triunfo que respiran la albahaca y viven en las ramas del olivo. Lejos ya de la muerte, en la ciudad dichosa, sólo lienzos muy blancos defenderán los muros, cubrirán las murallas y almenas, para ser estandartes de la vida.

Daréis cobijo a quienes se exiliaron porque al otro lado de los océanos reinaba la confusión y el oro se hacía oro voluptuosamente y porque allá en sus reinos un paisaje de horcas anhelaba su sangre y anhelaba sus cuerpos, que eran cuerpos de luz y eran sal perfumada.

Juan Vicedo

Desde que nace el día hasta que muere

¡Oh, mi Señor del cielo!,
desde que nace el día hasta que muere
soy como ave sin vuelo
o un niño si lo fuere
perdido entre los brazos del que hiere.

Dime, mi Dios divino,
como llegar a ti, torre tan alta,
si he de beber tu vino
el ansia no me falta,
¿dónde tu manantial, salta que salta?

¡Oh, mi señor del cielo!,
escucha mi plegaria bondadosa,
para cuando mi duelo
estaré sigilosa
bebiendo de tu vid, más que orgullosa.

Lucía Espín

Aquella calle

Reconozco esta calle olvidada en los recovecos de mi memoria.
La reconozco con nostalgia porque ella me trae un beso,
ella me trae un ramalazo en las entrañas, un descubrimiento palpitante
en mi intimidad secreta:
ella me trae una noche y una melodía.
El brazo de él me arropó en el hueco de su hombro y me apretó fuerte,
sus labios buscaron los míos y un relámpago liberó mi timidez.
Fue largo. Muy largo.
Nuestros cuerpos ansiaban lo imposible.
Allí, bajo la luz de un farol titubeante, saboreamos la pasión,
fundimos el ansia estrenada en un anhelo nuevo,
desconocido, en un abismo sin fin.
Espiábamos nuestros rostros,
la lengua ahíta de piel, de óxidos nuevos,
los labios lujuriosos de besos prohibidos,
gestos que guardaríamos para siempre
en los rincones adolescentes de la vida que nacía.
En aquella calle oscura había una ventana iluminada,
el piano mandaba sus notas,
las escaleras nos traían escalón a escalón
sus sones por los que bajábamos a las llamas del amor.
Sonaba... ¿qué más da?
Oí miles de veces esa música y cerraba los ojos unos segundos:
latía mi ser, sentía sus labios ardientes y dulces una vez más.
Los años pasaron, el tiempo fue cerrando puertas y abriendo otras nuevas.
Fueron otras sensaciones más reposadas, diferentes,
y la música y la calle, que no volví a ver, se borraron.
Hoy regreso después de los años.
Ya nada es igual ni la calle ni yo.
Una lágrima resbala por mi mejilla marchita.

Airam Lebasi

Fotografía de Antonio Reales

Torre del vino

Socuellamina torre, tú, del vino,
que no eres de Babel ni de otra cosa,
pues naciste en la tierra más hermosa
como cepa en el medio del camino.

Cuando hasta ti se eleve el peregrino
en tu cima verá la prodigiosa
llanura de La Mancha fabulosa
que hizo a Quijano sabio y adivino.

Quijotes soñadores y manchegos
te elevaron constantes y esforzados
y has de ser para tantos andariegos
posada y fonda, donde, deslumbrados,
contemplen estos campos de labriegos
con sudor en jardines transformados.

Manuel Parra Pozuelo

En Socuéllamos, a 27 de Junio de 2013, tras visitar La Torre del Vino, cuando aún no se había finalizado.

EL DÍA QUE ARRASTRARON AL CHIPÉ

Pencho, al que llamaban el Padrino, cubría el trayecto de su casa al banco atravesando la calle de San Fernando, que en aquellos días era un lugar peligroso por la proximidad al Molinete, el barrio Chino de Cartagena. Allí se libró, a espaldas de la Iglesia de la Caridad una verdadera batalla entre los fanáticos que querían quemar a la Patrona y las prostitutas que ejercían su trabajo un poco más arriba. La fuerza, el vigor, la valentía y también la belleza de una de ellas, consiguieron disuadir a los desalmados y la imagen quedó a salvo. A las prostitutas las lideraba Caridad la Negra, mujer muy hermosa que ya apenas ejercía la profesión y regentaba un prostíbulo, con todas las de la ley. Eran las mismas mujeres que habrían de linchar al celebérrimo "Chipé", hombre cruel, jaque donde los hubiera y el más temido por todas las rameras.

Era el Chipé un hombre agitanado, un mal tipo, el peor de toda la ciudad, pero nadie, por chulo, bandido o traidor que hubiera sido, merecía el maltrato que le dieron después de muerto. Juan aún se encontraba detenido en Alicante y sólo sabía lo que le habían contado: unos que lo lincharon las putas y otros, que lo maltrataron ya después de muerto. EL Chipé acababa de acuchillar a dos hombres en la calle Honda, en un cafetín de mala muerte y peor reputación. No era la primera vez que lo hacía. En aquella ocasión fue en una manifestación libertaria. Se colocó en medio de dos trabajadores que molestaban mucho a los ricos, pues al parecer estaba al servicio de los poderosos, y especialmente, de un veterinario muy influyente en la ciudad.

En plena euforia de la manifestación, sacó su navaja y pinchó con ella a uno y otro, sin que en principio se sospechara nada, hasta que los manifestantes de más atrás chocaron con los ensangrentados cuerpos de las víctimas. En aquel cafetín, el chulo más temido de toda la ciudad, utilizó la misma táctica: sacó su afilada navaja y por debajo del mostrador la hundió en el cuerpo de los dos hombres; pero aquel día no lo acompañaron ni la suerte ni la impunidad. Cuando los otros clientes los vieron caer ensangrentados, se armó un gran revuelo y las prostitutas empezaron a gritar asustadas. Los chillidos llegaron hasta la taberna de enfrente, que también era otra de las columnas de Hércules que acotaban la entrada de la calle que subía al Molinete. Un hombre que se encontraba acodado en la puerta con un chato de vino en una mano y un cigarrillo en la otra, cuando vio salir al Chipé lo empujó tirándolo al suelo.

El cuartel de la Guardia Civil no estaba muy lejos y al oír el escándalo se presentó una pareja, que amenazándolo con sus armas reglamentarias lo detuvo. Había quien contaba que allí mismo empezó el linchamiento, sin orden ni ley alguna. Nadie era más odiado ni temido en la ciudad que aquel gitano, natural de Alhama, dueño y señor del Molinete y asesino a sueldo. A Juan, aunque las dos versiones le parecían escalofriantes, prefería creer en la que se decía que fue detenido por las fuerzas de orden público.

La noticia de su crimen y apresamiento corrió por la ciudad y, especialmente, escaló la subida del Molinete hasta alcanzar la calle del Maestro Francés y la de Balcones Azules. Poco después el edificio de la casa cuartel se encontraba rodeado por cientos de personas que clamaban venganza. El comandante de puesto ordenó traer un coche celular con el fin de protegerlo y trasladarlo al penal de San Antón. Así no sólo se libraría de aquellas amenazas sino que también el detenido podría ser puesto a disposición del juez. No hizo falta ni ficharlo porque ya lo estaba. Bien sabía el capitán las veces que el veterinario "Patas cortas", como lo llamaban en la ciudad, lo había sacado sin cargo alguno; pero durante aquellos primeros días de la guerra aquel tipo de gentes estaban detenidas o escondidas. Nadie conocía el paradero del veterinario, hombre de escasa estatura y rechoncho, que en algunas sillas no alcanzaba el suelo con los pies. Sus datos se los sabían de memoria: Nombre: Juan Vicente Fernández. Natural de Alhama (Murcia). Fecha de nacimiento: 1911. Residencia: Las Cuevas de Santa Lucía. Raza: Gitana.

Los amenazantes espectadores a los que el Chipé miraba con atemorizada desconfianza habían dejado de gritar, como si un cerebro común los dirigiera y avisara de que aquel lugar no era el más adecuado: había muchos guardias en el cuartel, Capitanía General no se encontraba lejos, como tampoco lo estaban el Arsenal de Marina y el Parque de Artillería, con su regimiento completo. El Chipé ya había salido del cuartelillo y entrado en el coche que lo iba a trasladar hasta el penal. Dentro del vehículo entraron, junto al conductor y el detenido, dos hombres. El Chipé parecía oír dentro de sí una voz que le anunciaba el final de sus días, que nunca llegaría a pisar aquel penal. No importaba para nada que estuvieran obstruyendo su entrada en el coche celular; era el silencio, un silencio solemne y grande, como el olvidado silencio de las perdidas noches del Jueves Santo, cuando la procesión del Silencio, cruzaba, a oscuras, la llamada calle Honda.

Narciso, uno de los dos guardias que habían entrado en el coche con él, tampoco confiaba en que el traslado llegara a su fin. *Aunque no seré yo quien exponga su vida por un miserable como éste*, se dijo. Desembocaron en la plaza de San Sebastián, frente a Capitanía. El oficial al mando había ordenado reforzar la guardia por causa de aquel gentío, que rezumaba odio, crueldad y deseos de venganza. De repente todo se cubrió de en un silencio pesado y amenazador: sería el sudor que provocaba aquella cálida noche de agosto del 37, el sudor que escapaba de los cuerpos de aquella gente, el avinagrado vino que destilaban las bocas de dientes careados, el semen entre las mal lavadas piernas de las putas al salir precipitadamente. Y la amenaza de un linchamiento estando a la espera de noticias de la sublevación de la marinería. El Oficial empezó a relajarse cuando vio que aquella fúnebre manifestación se dirigía hacia la calle del Carmen y la plaza de España. Los numerosos comercios de la zona estaban cerrados, casi desabastecidos y la luz era escasa, sólo capaz de iluminar las sombras.

Narciso, el sargento que dirigía el traslado, empezó a comprender que sólo esperaban pasar la oscuridad de la plaza de España y llegar a la Alameda, siempre solitaria e inhóspita. Estaba seguro de que una vez allí no los dejarían llegar ni hasta la Hípica. Tampoco podía pensar en decirle al conductor que acelerara la marcha, pues el coche era como un coso taurino acordonado por aquel gentío: era la gente la que marcaba el paso y la velocidad del coche. Algunos apoyaban sus manos en la carrocería. El bazar Garnero, Calzados Roca, la herrería…Todo seguía pasando por la pantalla de las ventanillas… En la plaza de España empezó a alterarse el aire, los gritos, los puños amenazantes, el calor, la ansiedad… A veces ya zarandeaban el coche, especialmente las mujeres del Molinete, las de la calle Balcones Azules, las del Paraíso. Y Caridad la Negra, con la mano posada sobre el coche, seria, impávida, silenciosa, mascaba aquella venganza casi con delectación. Pasada la clínica de la Cruz Roja, no mucho más allá, le cerraron el paso al coche.

-Tienen que protegerme- dijo el Chipé angustiado.

-Si pudiera, lo haría- respondió Narciso-. Pero no te preocupes, te haré un favor.

-¿Un favor? ¿Qué favor? Por su madre, mi sargento.

El Chipé estaba sofocado, rojo, sobreponiéndose al cetrino color de su piel. Sudaba, y a pesar de su reconocida sangre fría lloraba como una novicia recién llegada al Monasterio del Puterío.

-Sal- le dijo el policía.

-¿Que salga? ¿Cómo voy a salir? Si salgo, me descuartizarán.

-Es el favor que te voy a hacer. ¡Baja!- gritó amenazándolo con su pistola.

Nunca había confiado en nadie ni en nada, jamás tuvo un amigo ni supo quién era su padre. A los pocos años su madre lo lanzó a la calle para que aprendiera a ganarse la vida. Abrió la puerta con desconfianza, inseguridad y miedo. La gente se apartó, querían esperar a que estuviera fuera del coche. Al ver cómo se retiraban, el condenado se confió, se mintió a sí mismo, se dijo que los hombres que estaban entre Caridad la Negra y la Juani y todas aquellas estrellas de cinematógrafo, debían de ser policías. *No tengo nada que temer*, se dijo inocentemente perdida la razón. Nunca supo lo que pasó nada más alzarse del asiento y colocar los pies en la calzada. Varios deslumbrantes fogonazos en la noche de agosto brotaron del interior del automóvil y se descargaron en las espaldas de aquel gitano, al que le había llegado su San Martín. Los estremecimientos de su cuerpo no le permitieron caer al suelo mientras el policía disparaba una y otra vez. Alaridos de mujeres, lamentos de maricones, rugidos de hombres, mientras el Chipé daba sus últimos estertores ya en el suelo y bañado en su propia sangre.

-Vámonos- dijo Narciso al conductor.

Ya nadie cerraba el paso al coche. Caridad la Negra, que días antes había salvado la imagen de la Patrona, ahora dirigía sin piedad alguna todo el linchamiento. Al Chipé lo arrastraron ya muerto por las calles de la ciudad, lo patearon y pisotearon, con crueldad y odio, hasta dejarlo hecho un montón de girones esparcidos. Cuando aquella negra comitiva, la procesión de la venganza, iluminada con las primeras luces del amanecer, recorrió la calle del Parque, las hermanas de Juan bajaron a presenciar el paso de aquella cruenta y bárbara procesión. Juan Vicente Fernández, el Chipé, natural de Alhama, ya sólo era un montón de vísceras o un amasijo de carne aún viva y latiente.

Pedro Sanmartín Grau

Fragmento de su novela póstuma
"Con el amanecer a la espalda".

El otro ajedrez

Estamos en el juego
es nuestro rito
En el color
la guerra
Las piezas viven sus movimientos
La dama poseída
se mueve en cualquier dirección
Las torres
se hacen pequeñas
se quedan solas
Los alfiles están de cabeza
clavados

Casillero negro
Casillero blanco

De un lado a otro
los peones cabalgan
sobre los caballos mareados
En esta partida
los reyes
nos miran silenciosos

Teresa Orbegoso

Me voy

Se me pudren las horas muertas
de un tiempo casi irreparable,
cerrándome estoy todas las puertas
rebozándome siempre en lo inestable.

Saludo al mundo con ojos de marmota
no me importa ensuciarme, soy lavable,
no puedo prescindir de ser idiota
es demasiado pronto cuando es tarde.

El viento me despeina las palabras,
el sol está desesperado por quemarme,
y la luna, me convierte en una cabra.

Me voy, a ver si encuentro otro planeta,
en este lisérgico ácido imparable,
donde la vida no sea mi proxeneta.

Manolo Condevolney

Mundos II, acrílico, de Manolo Condevolney

PEQUEÑO MEMORIAL PARA FEDERICO GARCÍA LORCA

FEDERICO GARCÍA LORCA, 77 AÑOS DE SU SACRIFICIO

Para nosotros, jóvenes de una juventud perdida y desnortada entre cantos épicos vacíos y hazañas legendarias de héroes borrachos, Federico no era en principio más que el nombre de un poeta y una tumba en algún lugar remoto y escondido de Granada. El crimen fue en Granada, en su Granada, decía el severo y grave Antonio Machado. A Lorca, sin darle ni tiempo ni tregua, le "dieron café", lo que significaba fusilamiento inmediato, por orden del general Queipo de Llano. Pero nosotros, criados en una época de enciclopedias y vidas ejemplares, no podíamos ni saber ni imaginar que detrás de un solo hombre se escondiera tanta riqueza creadora, tanta capacidad para el trabajo poético, tanto amor para la vida y tanto amor para el amor.

Ya en los años sesenta del siglo pasado corrían malos tiempos para la lírica y así parece que ha sido siempre. El poeta, el poeta auténtico es como un dios que humanizado, baja a la tierra, toma nuestra carne y hecho carne como nosotros, nos deja su mensaje de luz, la amargura de sus labios cuando callan, el dolor de su frente ennoblecida. El poeta Lorca nace para los otros, para cantar al negro, para cantar al gitano por ser gitano, para decirnos que Nueva York es una ciudad inhabitable de relojes y máquinas, de quintas avenidas que se hunden por un soplo de nieve, para cantar también su amor oscuro. Y no quiso ser un poeta gitano, pues el mito de su posible gitanería le molestaba.

Luego los horizontes se fueron ensanchando. Supimos algo más de nuestra historia, de los nombres que pasan a las páginas de cientos de libros y no se consumen nunca en la letra impresa. Supimos de sus grandes amistades en la Residencia, de su amistad con Alberti, de su pasión por el teatro como director, actor y autor. Nos enteramos de que **La casa de Bernarda Alba** había sido estrenada en Buenos Aires once años después del asesinato del poeta y con esta obra conocimos la fuerza de la España inmóvil, las ruindades de esta tierra "zaragatera y triste", el drama de unas mujeres en los pueblos de España y también las perversiones de una dictadura. Tan universal su autor, poeta de ambos mundos Federico, dejaba para su pueblo lo más perfecto de su creación, que transcendía lugares y épocas. Y así fueron naciendo **Poema del cante jondo**, el **Romancero gitano, Poeta en Nueva York.** Y alumbró para el teatro **Bodas de sangre** o **Yerma.**

A Lorca lo vimos llegar muy pronto a la cumbre de la fama, cuando todavía era muy joven y aún estaba en la Residencia de Estudiantes. Algunos de sus aparentemente amigos íntimos alentaban en el fondo de su corazón una secreta envidia, mal disimulada a veces, hacia quien representaba la alegría de vivir, el juego ante el verso y el piano, aunque hubiera en él largos y trágicos silencios. Se buscaba el poeta dentro de sí mismo y decía: "Qué extraño que me llame Federico". García Lorca era el hombre joven que iba y venía, que salía y entraba, que irrumpía como una exhalación mas luego se hacía humo; el hombre joven, el poeta consagrado que reía, que cantaba, que recitando poemas se iluminaba, que contaba historietas, que cogía la guitarra o se sentaba al piano. Que, de repente también, se ensombrecía y afligía bruscamente.

Lorca poseía un alma grande, noble y generosa, no exenta de altivez. Era rigurosamente español y, dentro de su españolismo profundo, era, antes que nada, granadino. Federico se alistó, como él decía, en el partido de los pobres y los desamparados, porque se situaba del lado de las víctimas y de los caídos. Y si vibraba por la desgracia ajena y le afligía el dolor de los humildes y de los humillados era porque tenía un fondo lleno de sentimientos solidarios y nobles. Jamás se interesó Federico por la política violenta generadora de luchas entre hermanos; siempre abominó de cuanto significara destrucción y ruina, batallas y combates, y la opresión del hombre por el hombre.

Su producción teatral y poética en los treinta y ocho años de su vida fecundísima no estuvo marcada por la improvisación ni por el hallazgo conseguido al azar. De sí mismo decía: "Si soy poeta por la gracia de Dios (o del demonio), también es cierto que lo soy por la gracia de la técnica y del esfuerzo". Técnica y esfuerzo marcaron su labor como poeta, como dramaturgo, como conferenciante. Y así supo aunar en sus obras vanguardismo y neopopularismo, tradición y novedad, alegría y hondos silencios. ¡Qué alegría la suya cuando devolvía al pueblo sus clásicos, enfundado en el mono azul de La Barraca! Pero, según los otros-"mala gente que camina/ y va apestando la tierra"-, ¡qué crímenes los suyos por respetar y despertar al pueblo, por traspasar la frontera de los sexos!

Con su asesinato nos arrancaron un trozo muy grande de nuestra vida, de nuestra alma española, que estaba en él latiendo y aprendiendo a mirar con ojos nuevos nuestra tierra. Y quisimos seguirlo, andar con él aquella lagunas negras de la muerte, separar de sus ojos tanta y tanta amargura, decir en sus oídos palabras nuevas de consolación, leer con él y en él su inigualable *Danza de la muerte.*

Ahí está su obra. Mirad su inmenso libro abierto, mirad su inmenso corazón no pisoteado por las gentes, sino muy noble y libre en cada una de sus páginas, en cada uno de sus versos. Y leed con él y en él *El lagarto está llorando*, delicioso poema lleno de franciscanismo, de amor a las criaturas; pero leed también *Paisaje de la multitud que vomita;* para sentaros luego con el autor en su *Diván del Tamarit* y gozar con el fuego que nos trajo. No puedo dejar de citar estos versos que siguen conmoviendo y reflejan el choque de dos mundos, el mediterráneo de Lorca y las espesas sombras de New York, en nuestro poeta:

La aurora de Nueva York
tiene cuatro columnas de cieno
y un huracán de negras palomas.

Juan Vicedo
(10 de setiembre de 2013)

Retrato de Federico García Lorca

Compartir con Federico

Para Mari Mohinelo

Me hubiera gustado, Federico,
deshojando los días,
ser una de tus musas,
y compartir el duende de tu gracia
y tu locura.

Ser cómplice, amiga,
y encontrar en la hondura de tus ojos
el alma de tus símbolos.

Pasear por la huerta en la penumbra
sobre aromas de una noche estival,
y de fondo, los grillos persistentes
y un cortejo de ranas revoltosas
bajo la pandereta de la luna.

Y abandonarme al alba
acurrucada en el lecho sedoso
de tu habitación,
donde reposa la huella de tu cuerpo,
cercado de blanquísimas paredes
y techos de transparente azul,
pintados como tú requerías
un verano tras otro;
y al instante, sentir
el eco de tus versos,
el gorjeo de tu risa y tus canciones.

Y entre el fresco verdor
de la Huerta de San Vicente,
tornarme en una estampa lorquiana,
prodigiosamente asomada a la misma puerta
que da a tu eternidad.

Mª Amparo Benito Díez

A Lorca

Me cayeron las notas
de tu piano al suelo
y retozando fueron
hasta el ramal reseco
de tus dedos.
Ya hace tanto tiempo
de la lágrima
tanto tiempo del crimen
de tu cuerpo roto,
tanto tiempo
que solo puedo ahora
buscarte entre las alas
o sobre un ocaso erguido
ante la oscuridad
del viejo firmamento
que ya tejía
estrellas en tu pelo
y contemplaba insomne
la secreta guarida
de tus versos fieros
heridos de luna
y de metal bruñidos.

O buscarte también
en el geranio rojo
rojo, rojo, rojo
como tu sangre
acribillada y mansa
que se abrazó a la tierra preñada
de tus últimas palabras
y cabalgó después
surcando las raíces
el tronco, las ramas,
las hojas inmortales
las ardientes flores
del árbol de los tiempos
donde todo sigue intacto
donde tu voz está
y la de Miguel
y la de Pablo.
En ese árbol
que de vez en cuando
la humanidad agita
cayendo sobre ella
el pétalo irisado de tu aliento.

Julia Díaz Climent

Fotografía de F. García Lorca

A García Lorca

Para nacerte, poeta,
novísimo y milenario,
la luna, el toro y los nardos
juntos formaron tu barro.

Payo con duende gitano,
circularon por tus venas
las oleadas del llanto,
las misteriosas esencias,
la médula del arcano:
el milagro de la sangre
hablando desde el pasado.

En ti se hicieron materia
las leyendas, y mil voces
te inundaron alma y vida,
torrente de ignotos caños.

¡Para nacerte, poeta,
tantas cosas se juntaron!

Y bastó para perderse
toda esa magia, ese garbo,
esa plenitud hermosa,
ese todo en ti juntado,
unas balas asesinas,
fuerza de algún desalmado,
que quebraron tu cintura
mas no callaron tu canto.

¡Para nacerte, poeta,
tantas cosas se juntaron!

...y no pudiste morir
decentemente en tu cama,
algo de lo que tenías
oscuro pálpito amargo.

A la blanca luz del alba,
cuando los gallos cantaron
las traiciones denunciando,
se durmió tu corazón,
rojo carbón traspasado.

¡Rasgueaba la guitarra del aire
su pena entre los naranjos!

María Rosario Mohinelo

MARINA

Quien tiene la intención de asesinarme ya está subiendo por la escalera. Quien va a ser mi asesino ya tiene en los ojos –mientras va subiendo por la escalera que lleva hasta mi piso– la imagen de mi cuerpo ensangrentado por precisas y crueles cuchilladas.

Los protagonistas de este relato son exactamente cinco. Uno de ellos soy yo, entre los otros se encuentra mi asesino – quien sube por la escalera ahora.

Los cinco somos:

MARINA, la hermosa mujer que sirve las bebidas en un pequeño bar de carretera. Quiero advertir que muchas tardes estuve en aquel mostrador, que esa mujer y yo nos dijimos palabras, que ella no puede ser quien sube en mi busca, ni quien va a asesinarme.

OCTAVIO CRUZ, el señorito rico por su familia, con el que alguno de los otros cuatro personajes, coincidió, o no, en el bar de Marina una tarde o una noche de alcohol y seducción.

MELCHOR, el viejo taxista que pudo llevarme, o no, sea yo quien sea, por las viejas calles de la ciudad (cuyo nombre omito) tal vez hasta dejarme en el bar oscuro y triste donde tomé un bourbon.

ALBERTO, el más joven de nosotros, de los cinco. Cada noche mira, desde un rincón apagado y semioculto del bar, el rostro de Marina, y nadie conoce qué pensamientos o qué recuerdos o ilusiones va guardando en la memoria.

DON ENRIQUE, el dueño del bar, una sonrisa convertida en mentira, alguien que lo ve todo y todo lo pesa y mide con infinita calma, también desde la crueldad más absoluta.

Ahora que estoy en el tercer piso sé que mi asesino sabe que fui yo quien hizo aquello por lo que quiere matarme.

Octavio Cruz conducía su propio automóvil y sé que encontró donde aparcar cerca del pequeño bar de carretera donde saben que estuve. Octavio sólo toma wiskhy. Y todos sabemos que anduvo hablando con Marina, y que salió con Marina y que ella subió a su coche.

Don Enrique mira por el negocio, cuenta los billetes con avaricia, pero alguien tal vez piensa que su codicia abarca el pasado y el presente y el futuro de Marina. La ve salir con Octavio, y su mirada es celosa, su rostro turbio y duro;

Alberto tiene dieciocho años, y todos sabemos que estuvo, está y, si nadie lo impide, va a seguir estando eternamente enamorado de Marina. Dicen que pudo amarla alguna noche, que alguna vez compartieron la cama, pero ahora ella le mira desde la lejanía, desde un vacío reciente y sin palabras.

Melchor para el taxi muchas veces cerca del bar; unos van, otros vienen, son tantos rostros... Pero Melchor conoce desde niña a Marina (veinticinco años, morena, ojos claros, fácil para los hombres) lo mismo que conoce a Octavio y a Don Enrique y al soñador Alberto.

Marina se abre con intención la leve camisa y, al no usar sostenes, quedan los pechos libres, palpitantes, cercanos. Ella juega con su belleza, con el favor que concede o niega a Octavio, a Alberto, al mismo Don Enrique.

Yo sigo en el tener piso. Pero, sin duda alguna, quien lleva en las manos el cuchillo con el que va a asesinarme, está más cerca del tercer piso que del segundo. Posiblemente en la misma puerta.

Melchor tenía su taxi aparcado cerca del barecito, yo no sé qué o a quién esperaba. Melchor cuenta unos cincuenta años y es el más viejo en esta historia.

Alberto también observó que Octavio dijo algo a Marina, que Marina escuchó o habló, allá lejos, en el mostrador, con el engreído señorito Octavio. También se percató de que salían juntos, pero si Alberto pensó algo nunca jamás lo dijo.

Marina sabe cómo son los hombres, cómo se juega o se divierte una con ellos, qué inútiles muñecos son casi siempre. Una vez quiso consolar la soledad adolescente y tímida de Alberto dándole su cuerpo, dos o tres veces dejose pellizcar por Don Enrique, y ahora Octavito quiere seducirla...

Melchor, el taxista, ve desde su taxi el coche de Octavio; ahora está Octavio dentro con Marina.

Alberto, el inexperto y torpe Albertito, mira desde alguna ventana el coche de Octavio.

Don Enrique sabe.

Quien quiere asesinarme ya ha forzado la puerta, ya recorre el pasillo hasta la habitación donde me escondo.

Octavio: intenté desnudarla en mi coche, que me dejara besar sus senos, que se entregara a mis besos y caricias.

Marina: dije que no y que no y que no repetidas veces, y le pedí que me dejara abandonar el coche, pero Octavio no quiso, y fui violada....

Alberto, Don Enrique: vimos cómo Octavio la agredía, la forzaba, sin escuchar a la joven, excitado, violento....

Y ahora haga Usted, lector mío, su apuesta:

¿Quién es la próxima víctima?

¿Quién es el asesino?

Yo soy quien soy – la víctima – pero ustedes no saben, aún, quién es quién va a matarme.

Octavio Cruz – me dicen – ella te hubiera dicho que sí, tal vez, otra noche. Pero te dijo, esa noche, que no. Y tú, Octavio Cruz, violaste y luego asesinaste a la hermosa Marina.

Don Enrique me mira. Tiene en las manos el cuchillo con el que ejercer la venganza. Medita en la venganza desde su afecto de hombre enfermo, viejo, y sin ilusiones.

Alberto mueve con dudas, desmañadamente, la navaja, desde la perplejidad de su pasión siempre insatisfecha, su juventud descolorida y vana.

SON TRES MIS ASESINOS.

Y es Melchor, el taxista –como los otros con un arma en la mano– quien habla el último.

-Se nos marchó un día. Nunca regresó a casa. Pero sabía de ella, seguía siendo mi niña: joven, bonita, decidida. La mujer que destruiste, Octavio, a la que yo desde mi taxi amaba: Marina, mi hija.

Francisco Alonso Ruiz

El grito

Defiéndeme del grito del ocaso
el silencio no pudo conmigo
pero me rindo ante los ecos.

He quemado mis horas descifrando
los signos y no halle tu palabra,
esa que busco desde el alba.

Lo que aprendí en los libros,
ya no sirve de nada.
El tiempo devorador de horas
mueve sus agujas impasible
Y no hay nada que lo detenga.

A tientas como un trovador ciego
me muevo hacia el ocaso.

¿Quién te impide pronunciar mi nombre?
No temas,
que no me agarraré a tu sombra
desgarrándola,
sólo rozaré el filo de tu gabardina
y será suficiente, roce salvífico,
para abrigarme
de las recias lluvias del invierno.

Pilar Galán

Copyright

Ya no soy mío,
y no seré mío nunca jamás
de nuevo.

Te regalo mis manos,
mis miradas antiguas y recientes,
los olivos, los pinos, las plantas
del jardín, el agua del aljibe y la piscina
ya dorada de soles.
Te regalo los dátiles tan tiernos y tan dulces,
mi piano alemán
de música tan triste,
la música de corte aún desconocida,
aquella lira muerta de la abuela,
las palabras que digo siempre cuando te pienso,

pero te pido a cambio
una tarde contigo
en el umbral de fuego sin quemarnos,
en el navío rojo que dice su esperanza.

Juan Vicedo

Ilustración de Emma

EL PLACER DE COMER Y DE ESCRIBIR

Una de las recetas más famosas de Picadillo, libro imprescindible para saborear la cocina gallega, empieza así:

Lacón con grelos

A las nueve de la mañana en punto, tómese un lacón, lávelo concienzudamente, póngase en una olla con abundante agua a cocer. A las once se le añadan los grelos y los chorizos. A las doce las patatas mondadas y enteras. Y a la una se colocan en una fuente los chorizos y el lacón, las patatas y los grelos en otra y se pone sobre la mesa que debe estar rodeada de ciudadanos con apetito y bien provista de botellas de vino do ribeiro.

Con ánimo se emprende la degustación que debe rematarse con un postre que empieza así:

Ti que fas Marica.

Fago unha mixtura.

Ai que boas cousa ti fas eiquí.

Todo te he fartura...

Como la memoria de la escritora está un poco lenta no termina el postre. Claro que la propuesta era de una sola receta.

La receta que os aconsejo tiene unas facetas muy interesantes porque mientras se hace la cocinera puede dedicarse a escribir poesía, a pintar, a bordar o a lo que le apetezca. Yo que tenía hambre, pues estas recetas abren el apetito, me comí una ciruela y después otra, como seguía con hambre maté el tiempo comiendo palabras que después de digeridas se transformaron en este poema.

Mi patria gallega

Largas olas de ausencia surcan el aire que nos separa.
El aire, en brisa transformado, acaricia tu rostro y
besa una a una las lágrimas amargas de tu desgracia.
Pueblo mío, siempre actúan los hados maléficos y las heridas
trazan surcos indelebles en el ánimo ultrajado.
El aire trae halos de fuego, llamas sangrientas,
gritos y ayes. Envuelta en tules negros llega tu alma
precursora de recuerdos y temores, instantes aciagos.
Clamores silenciosos entran en la mente
allí quedan prisioneros esperando el rescate.
No hay rescate.
La lluvia anegará poco a poco los posos
y crecerán nuevos vástagos de pámpanos preñados
de hijos nuevos que clamen por ti, patria.

Airam Lebasi

A Alejandro

Estar,

no estando ya en el polvo
ni en la lágrima,
ni en el vértigo dormido de las horas.
Estar,
porque siempre estarás
entre nosotros
y ahora,
arropado en el viento
nos consuelas asido a la esperanza.
Te persigo buscando
la sonrisa sincera,
la que siempre traías a la plaza
regalando tu gesto
tu mirada larga, apacible y buena.
Gracias por estar
un día más en la asamblea,
porque estás
no estando ya en el polvo
ni en la carne dormida y distraída.
Ahora, querido amigo
te he encontrado
aquí en esta plaza,
en todas las plazas del mundo
tejido en el abrazo
en la urdimbre del hombre.
Y quien supo ser humanidad en vida
es para siempre un viento enamorado
una ráfaga de luz que nos asiste.
Gracias compañero por estar,
porque estás siempre
unido a nuestro abrazo.

Julia Díaz Climent

Llegada del otoño

Verano retranqueándose hacia el olvido
para dejar paso a los colores calientes del otoño.
En la antesala de las estaciones se colocan
los matices venturosos que decorarán el escenario.
Los tostados y ocres anhelan cubrir la tierra de los parques,
los sepias, caramelos y avellanas: las hojas caducas,
los sésamos, albaricoques y borgoñas: los pétalos de las flores.

Estruendos azabaches en el cielo añil de Nueva York.
Fenecieron los matices del verano y el otoño.
Llueve sobre la humanidad la infausta metralla negra
de los execrables pájaros inquebrantables del odio.
El verano perece en un impuro pozo opresivo
que incinera los dorados, ambarinos, limonados
de la felicidad, de la inocencia, del amor y de la amistad.

Harmonie Botella

Poema para mí mismo

La alta torre de la cima ardiente
Dante Alighieri

Podían haber nacido estos versos
en medio de un camino, en aguas de un arroyo,
cuando la tarde dice las primeras estrellas.

O nacieron acaso junto al azul del mar,
junto al faro encendido
de verticales luces. Pudo nacer el verso
del oficio aprendido por los años,
mientras miraba el Dante sus venturas.

O nacieron del beso, del reposo
encendido cuando tú me mirabas,
cuando tú me decías “Subiremos a casa,
tú me dirás tu nombre
y mirarás, a cambio mi fortuna”.

Encenderemos luces, manantiales,
aguas del mes de mayo
y en medio de la noche,
yo te daré mi nombre
para encontrarte ardiente
en la celosa cima de mi torre,
en las floridas rosas de tu pecho.

Juan Vicedo

YERGA Y CANTARES

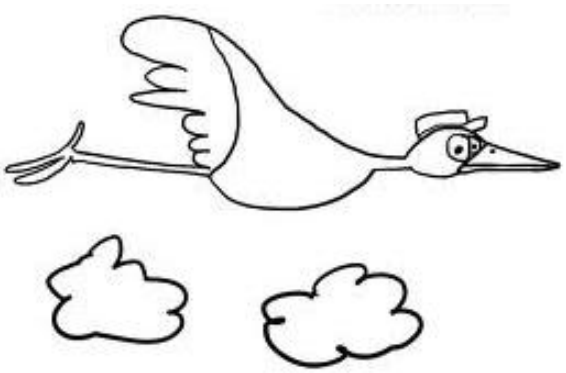
Era un lunes por la mañana, cerca de las 12… Yerga plegó sus grandes alas y posó su cuerpo sobre el alero de la Iglesia, así permaneció largo rato hasta recobrar las fuerzas necesarias para enfrentarse al problema de todos los años. Primero, sobrevoló las torres de la Iglesia y aledaños, inspeccionó hasta el último detalle para después, visitar a los nuevos inquilinos: una pareja que había llegado dos días antes que él. Los ocupas vieron el cielo abierto al comprobar cuán fácil había sido instalarse sobre un nido vacío y primorosamente construido, podía decirse que para la pareja era como una mansión.

Yerga se acercó a ellos en tono conciliador, explicándoles que ese nido era de su propiedad, construido por él y su pareja, allí, cada año, se repetía el ciclo de la vida y aumentaban las familias con sus cigoñinos recién nacidos. Los jóvenes reaccionaron mal sin atender a las consideraciones de Yerga; de nada le sirvieron a éste las buenas maneras; entonces, con el pico afilado como una espada, los amedrentó hasta que alzaron el vuelo en busca de otro nido. Mientras, las cigüeñas que estaban instaladas por las torres y tejados permanecieron impasibles sin perder detalle.

Yerga se acurrucó dentro del nido, necesitaba descansar, primero del fatigoso viaje y después de la trifulca con los ocupas; él era un ave pacífica y la violencia le disgustaba aunque a veces no quedaba más remedio que acudir a ella para hacerse respetar. Más tarde limpiaría el nido dejándolo impecable y acogedor a la espera de Cantares que estaba a punto de llegar. Al pensar en ella sonrió con el pico entreabierto y los ojos húmedos de emoción.

En primavera, volaban a París y volvían cargados con los niños que luego distribuían por los hogares de la ciudad, casi siempre dos en cada envoltorio, y hasta tres. En dos ocasiones llegaron cuatro, el vuelo fue tan pesado que decidieron no repetir jamás tal número; y aunque la noticia corrió de boca en boca, a los padres receptores, la verdad, no les hizo la menor gracia.

Juntos habían vivido situaciones embarazosas como aquel día en que unos hombres instalaron una grúa gigante y comenzaron a llevarse los nidos, pues según los expertos dañaban los tejados y torres de la Iglesia. Las aves se volvían locas y sin dejar de crotorar, golpeaban con sus alas a los trabajadores. En la ribera del río Ebro instalaron unos nidos prefabricados y algunos aceptaron instalarse allí. Pero Yerga y Cantares no consintieron en marcharse y defendieron su nido a picotazos. A ellos les gustaba vivir en el centro, en la plaza, y contemplar el devenir de las gentes del pueblo, compartir sus fiestas y demás festejos, oír al reloj de la torre dar las horas y el tañer de las campanas que tocaban a fiesta, a difunto, a fuego o a Misa.



Y es que Yerga no era una cigüeña más: era un macho y el primero en portar sobre su lomo un GPS, con el cual enviaba información al Centro de Investigación para las aves en la Comunidad de La Rioja. Durante su viaje migratorio huyendo del frío, hacía escalas hasta llegar a Senegal; allí permanecía durante unos meses, hasta volver de regreso a La Rioja.

María Dolores Lamata Marqués

Dos sonetos

Hay una noche

Hay una noche aquí. También parece
que hay un silencio y un lamento duro.
Hay una noche aquí, existe un muro
y un dolor que persiste y permanece.

Hay una noche aquí, noche que crece
sin ninguna piedad hacia el futuro.
Hay una noche aquí, un tiempo oscuro,
en el que toda vida se entristece.

Hay una tierra aquí con sombra larga,
hay una oscuridad inmensa, amarga,
hay un nocturno viento interminable.

Hay una noche aquí que no termina,
una noche de espanto en cada esquina,
toda desoladora y miserable.

Soneto para Francisco

Francisco (otro Francisco) me lo pide:
que le escriba un soneto. Es un atraco
el que me hace a mí (Paco) otro Paco
exigiéndome a mí que no me olvide.

Un soneto yo sé que se divide
en los catorce versos que destaco:
cuartetos y tercetos y los saco
para ver cada verso cuánto mide.

Pongo catorce versos en la mesa.
Ahora lo que me urge y me interesa
es que no llueva agua de pedrisco.

Mas la cosa va bien, y en un momento,
sin motivo, ni asunto, ni argumento
firmo el soneto que pidió Francisco.

Francisco Alonso Ruiz Pérez

En Colliure duerme Antonio Machado

A Pilar Galán (*)

Frente al mar calmoso
y a veces agitado
el torreón
vigila tu sueño eterno.
No vayan a despertarse de nuevo
el odio y la batalla
qué la cruz y el palio duerman
por los siglos de los siglos.

En Colliure
sigue durmiendo
no desees hoy volver
a estos reductos
de subcultura endémica.
No vayan a despertar otra vez
los yugos y las flechas
la procesión de clérigos
con el pueblo a la zaga
y las legañas.

La fálica presencia
del torreón vigía
vela tu sueño de poeta
austero
de voz imprescindible
y necesaria.
¡Deja que el mar abajo
rehaga infatigable
sus caprichos
y agite su clemencia!
Porque la mar es matria
partera de tiburones
dosel de culturas
abismo de seda
envolviendo
tu faz serena.

Sigue durmiendo
en Colliure
mi querido poeta
tu sueño feliz
de patios sevillanos
y a lo lejos
en la tierra firme
¡besen tu frente
las cárdenas roquedas
de la vieja Castilla!

Mercedes R. García-Olías

(*) Este poema nace de la lectura del libro de Pilar Galán “Antonio Machado, Biografía de una Soledad”.

(Del libro **SÍSIFO EN EL NORTE**)

****

Cruza la plaza cantando porque así son las cosas en Alicante, incluso para ella, aceptada desde hace mucho tiempo por la noche como un ahogado por el mar.

Este es el Sur, el Sur del Norte, me dije.

Mira hacia el Este, mira hacia el Oeste: un corazón concreto, siempre al borde.

Es difícil descansar cuando todo canta a tu alrededor…

Hay que avanzar hacia eso, siempre.

Transpiraba lo que está a punto de morir. Aún transpira.

Pero la tierra desprendida de los altos castillos ya le impide respirar.

No obstante insiste.

Avanza, le susurro: he ahí el mantra.

Avanza, le susurro, avanza, ve hacia eso a pesar de ti, avanza aunque ahora seas invisible, pregona sola por la noche arrastrando tu carro con harapos, húndete en el canto, en la atenta noche, como una pala cargando viaje, cargando piedra.

—Descansa —algún día te dirá la muerte. —Construiré tu casa blanca frente al mar en calma.

****

Se hacía tarde en el castillo de Santa Bárbara.

Pero era nuestra despedida de Alicante.

Era necesario pasearse por sus terrazas enmohecidas, entrar a sus recintos, ahí donde se cruzaron moros con cristianos, donde subieron los vigías de Lucentum, y antes que ellos, y aún presentes, los fantasmas de Cartago.

Ella se apartó de mí cantando una extraña melodía.

Después hizo silencio. ¿A quién escuchaba?

Los cañones apuntaban a la Nada, a través de los agujeros, y frente al extremo de uno de ellos, sobre el muro derruido, se había recostado una gaviota: paralizada, silenciosa.

Dime desde el Sur, ¿por qué no se movió cuando nos acercamos?

¿A quién escuchaba?

Claudio Archubi

A las trece rosas

Camino de los cipreses
iban llorando tambores,
delante, los ataúdes
con las trece rosas rojas
abatidas por el plomo
de fusiles y pistolas,
empuñadas por cobardes,
desalmados y asesinos,
que sin más les dieron muerte
al alba junto a unos pinos.

Sus pétalos escarchados
eran sus grandiosas alas,
que dejaron de volar
ante aquellas hierbas malas,
en esta España de fieras
que te apartan fácilmente,
como si fueras basura
y te escupen en la frente.

Porque son así de chulos,
prepotentes y arrogantes,
que a los espejos se miran
para sentirse importantes.
No será fácil tarea
el taponar la sangría,
que sufre este pueblo mío
por sistema cada día.
Pero hay que seguir luchando
como esas hermosas rosas,
que lucharon por ser libres
igual que las mariposas.

Emplearon malas artes,
maneras bastantes horribles,
con estas chicas de roble
que serán irrepetibles.
Mujeres que siempre dieron
la talla en todo momento,
sin temer a esta pandilla
de bestias sin sentimiento,
porque de hombres solo tienen
levemente el parecido
del español verdadero
generoso y bien nacido.
Por mucho tiempo que estéis
mortificando mi España,
al final seréis vencidos
matones de mala entraña.
Esta tierra es del obrero
quien la siembra y la trabaja,
la de vosotros no existe
payasos de barro y paja.
Esto es lo que sois vosotros,
escuchar bien lo que os digo,
aunque hoy esto os dé risa
el tiempo será testigo.
Iréis perdiendo la fuerza
y cual cuervos, sin la luz
muy pronto seréis vencidos
por la noble juventud.

Si estos son los salvapatrias
que salvarán mi país,
no les creas pueblo llano
y arráncalos de raíz,
de sus poltronas de seda
y de sus blandos sillones,
que esta plaga ha fusilado
muchos miles de vellones
de inocentes españoles
que han luchado y lucharán,
hasta llegar a ser libres
como es libre el gavilán.

Si la intocable justicia
para todos fuera igual,
estos matones sin alma
no saldrían del penal.
Pero desgraciadamente
la tocaron para hacer,
que esta panda fuera impune
y fusilara a placer.

Volverán los ruiseñores,
las floridas primaveras,
para que puedan cantar
juntos sus coplas enteras,
en los campos de Castilla,
andaluces y asturianos,
catalanes y extremeños,
gallegos y valencianos,
a estas regiones que han sido
humilladas por los yugos,
de estos golpistas sin juicio
¡por estos viles verdugos!

De muy poco os ha servido
subyugar a la clase obrera,
y declararle la guerra
a toda mi España entera.
Este país no es el vuestro,
¡es el mío y de Miguel!
que por España morimos
y nos dejamos la piel.

Vosotros sois de otra raza
muy diferente a la mía,
raza que ni Dios la quiere
porque sois una jauría
de carcamales rabiosos
asesinos y traidores,
que vuestro lema es dejar
a España sin ruiseñores,
Sin nadie que os haga sombra,
que se levante y os diga,
que sois una mala hierba
como la grama y la ortiga,
verdura que nunca quiere
el hortelano en su huerta,
y que le molesta verla
pasar siempre por su puerta
mostrando su poderío,
su insultante chulería,
que tanto molesta y hiere
a mi pueblo cada día.

Lo cierto es que habéis dejado
una nación desolada,
para siempre y sin futuro
muerta de hambre y esquilmada.
Si pensáis que sois los dueños
de mi querida nación,
os habéis equivocado
gigantones de cartón.
Cuando pasen unos años
abonaréis la factura
del daño hecho a mi patria
dictadores sin cultura.
El pueblo jamás olvida
a quien tanto daño ha hecho,
sin remordimiento alguno
y aún sigue sacando pecho.

Jueces yo quiero que sean
y no simples marionetas,
que miran para otro lado
mientras fusilan poetas.
Con total impunidad
asesinan a inocentes,
por no pensar como ellos
y tener clara la frente.
Inocentes quiero yo
para este gran pueblo mío,
y no esa gente casposa
de sangre y corazón frío.
Pero el cesto todavía
lleno está de esas manzanas,
protegiendo a las podridas
y eliminado a las sanas.

Mis queridos ruiseñores
Jamás vi yo vuestras caras
pero estoy entre los hombres
que les hubiera gustado
engrandecer vuestros nombres
y poderos regresar
aunque por ello tuviera
que socavar toda España
de Cádiz a donde fuera.

¡Ay España de mi vida!
¡Ay España de mi alma!
te veo sola en Europa
una vez más y sin calma.

Poema dedicado a las trece rosas, muchachas que fueron fusiladas el 5 de agosto de 1939, poco después de finalizar la guerra civil española.

Carmen Barredo Aguado (20 años)
Blanca Brisac Vázquez (29 años)
Julia Conesa Conesa (19 años)
Elena Gil Olaya (20 años)
Ana López Gallego (21 años)
Martina Barroso García (24 años)
Dionisia Manzanero Salas (20 años)
Pilar Bueno Ibañez (27 años)
Adelina García Casillas (19 años)
Virtudes González García (18 años)
Joaquina López Laffite (23 años)
Victoria Muñoa García (18 años
Luisa Rodríguez de la Fuente (18 años)

Estos son sus nombres

Trinitario Rodríguez

BIBLIOTECAS

Quizá porque estos días pasados hemos estado hablando en Auca de la incorporación de nuestras revistas a la Hemeroteca de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, mi cerebro ha exhumado un viejo trabajo, nada menos que de 1991, que escribí sobre el nacimiento de la escritura y las bibliotecas de las antiguas civilizaciones, recopilando datos, consultando enciclopedias, artículos de expertos y prestigiosos profesores, libros de historia y todo cuanto encontraba sobre ese tema. Lo que hoy parece ser que se obtiene a través de Internet solo pulsando un botón, me llevó bastantes días de entusiasmado trabajo que me hizo comprender y admirar los esfuerzos del hombre para transmitir a la posterioridad sus conocimientos

Me maravilló la creatividad de los sumerios, el arte de tallar piedras para fabricar sellos de los babilonios, el misterio de los jeroglíficos egipcios y me conmovió Hipatia, la filósofa directora de la biblioteca de Alejandría que, cuando ésta fue incendiada, (eso de quemar libros viene de lejos), prefirió arder con ellos a salvarse. Pero luego vino Amenábar a causarme una gran desilusión con su bien documentada película, asegurando que fue torturada y asesinada por sus enemigos, envidiosos de su talento, algo imperdonable en una mujer, y parece ser, mientras no se demuestre lo contrario, que eso es lo que realmente sucedió, pero yo, que encuentro mucho más interesante y literaria la primera versión aunque sea una vieja leyenda, aún conservo la esperanza de que algún día los arqueólogos encuentren un testimonio que contradiga a Amenábar y a sus asesores. Naturalmente, no puede faltar en estas notas un recuerdo a Jorge Luis Borges y sus míticas bibliotecas.

Mi primer recuerdo de una biblioteca en Alicante me lleva al Bibliobus, que hace muchos años, recorría sus barriadas llevando la cultura a sus habitantes. Si cierro los ojos me veo con mis hijos acercándonos a él, caminando aprisa si se nos había hecho tarde, para devolver los libros prestados la semana anterior y recoger la nueva remesa, libros que despertarían en ellos el amor a la lectura.

Después llegaron las bibliotecas municipales de barrio, la de la universidad, la Gabriel Miró y quizás otras que desconozco o ahora no recuerdo y, finalmente, Internet y la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, de la que hablamos en otras páginas.

María Rosario Mohinelo

Cinco cruces

Fueron cinco las cruces
que sostuve en la palma de mi mano
brillaban como luces
de fuego de Vulcano
no sé si con Dios lejos, o cercano.

Cinco las cruces fueron
y de un color cada una diferente
mis manos las tejieron
con amor persistente
y Dios fue mi patrón Omnipotente.

Lucía Espín

Dos poemas para Perséfone

Las lágrimas de Perséfone

Para Manuel Valero

Allí camina, entre las frondas de los pinos
y los tomillos que alfombran su paso,
bajo el tul silvestre que cubre su cabeza de aromáticas esencias,
primaverales y sutiles, en pos de una ilusión,
Perséfone, adentrándose en las sendas boscosas
sinuosamente trazadas, hacia la rocosa fuente,
donde mojará los cabellos, para regalarnos,
refulgentes, divinos arcoíris, verdes los valles,
frescura renacida de la tierra en la que se sumerge y vuelve,
que vuelve y se sumerge
en un ciclo repetido infinitamente…
La doncella volará sobre la faz de la tierra, y de nuevo
la gran revelación de la Primavera será noticia.
Pero de las colinas inundadas por la luz,
se oye brumoso el viento; son las voces del viento,
que se dejan sentir a quien está en armonía
y unión con la naturaleza, esas voces llevan y traen
todos los pensamientos del mundo
de los seres que lo habitan, hasta del alma de la tierra,
y sus escondidos seres, invisibles a la luz del día,
sólo la noche los alimenta, de los deseos humanos.
A veces tras esas colinas, se oyen azules lamentos,
que aterciopeladas nubes trasforman en lluvia silenciosa:
son las lágrimas de Perséfone, desoyendo por un instante
la voz que desde las profundidades le envía su madre,
llamándola, apremiando a que culmine su obra,
y ella, con su corazón deseoso de florecer
en cada ser que se lo pide, dándose sin ser vista,
trata de retrasar su partida.
De sus ojos de esmeralda viajera, caen
hermosas lágrimas,
en un último deseo de belleza.
Y de la tierra regada con tan benéfica lluvia,
nacen, milagrosamente, las últimas lilas.

Mª Isabel Tudón

Agua pura (Canto amargo de Perséfone)

¡Ay de mí, esposo mío desalmado!
ofreces a mi cántaro eterno
ubicuas solideces, zumos miríficos
dulces concavoconvexidades
de tu deleitosa carne inmortal.

Mas me engañaste con la granada jugosa
que mis labios infelices festejaron
sin conocer la noche y el invierno.
Por ello te detesto, aun amándote
aun descubriendo la síntesis
de tanto silencio inicuo, tanto final.

¡Ay de mí, ay de mis azudes
ay de mis presas y represas
ay de mi sed y mi hambre!
que no me has ofrecido
del profundo pozo de ti mismo
el agua pura y cristalina
que alivie mis resecos labios
y sacie la sed rabiosa en el Averno.

¡Ven rauda, Primavera
a liberar mis ansias prisioneras!
Qué Deméter, mi madre, ría y se conmueva
colmando la tierra de sus dones.

Mercedes R. García-Olías

Pegaso

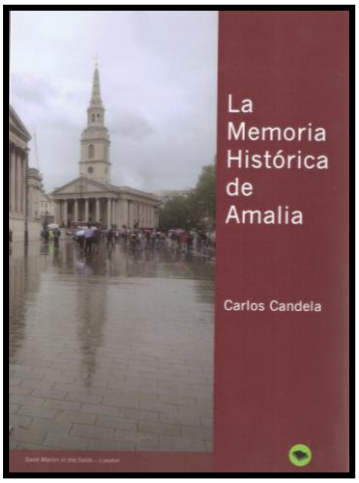
Trescientos caballos me recorren el alma
o el corazón quizás.
No sé si es corazón o alma,
si son trescientos o mil.
Lo mismo da.
Sus pezuñas al trote
levantan polvaredas
sobre mis humedecidos ojos.
Tengo aferradas las manos
a las crines de un equino
que se convierten en alas
cual parapente pintado.
Y en el viaje avisto océanos
con olas de días y años,
con todo su calendario,
según rigen las mareas.
Olas de color cambiante,
siempre un fondo azul verdoso
confundido en horizontes
de ese gris tan cotidiano.

Áurea López

Pegaso

UNA HISTORIA OPTIMISTA

La memoria histórica de Amalia,
de Carlos Candela



Tras un denominado preámbulo que incluye una explicación razonada de la continuada presencia de los militares en la historia de España, a la que el autor se muestra contrario, llegando a afirmar que "Los militares no dejaron de estar presentes en la vida política nacional desde principios del siglo XIX, condición que se atribuyeron ellos mismos sin que nadie se lo pidiera como no fuesen los mismos ricos y oligarcas de siempre," comienza la narración propiamente dicha con una escena que transcurre en nuestros días, en la que la protagonista, Amalia, solicita de Daniel, alcalde de Izquierda Unida en un pequeño pueblo de Extremadura, que proceda a la búsqueda de los restos mortales de su esposo, fusilado por los fascistas al inicio de la guerra civil.

La determinación del sitio exacto, en el que se ha de proceder a la exhumación de los cadáveres, motiva que Amalia relate al alcalde aquellos acontecimientos que dieron lugar a los luctuosos sucesos relacionados con la guerra civil en Montes de Otero.

Los marqueses de Montes de Otero eran descendientes de un bravo marino que en lejanos tiempos fue el protagonista de una hazaña que dio lugar a que un agradecido monarca le diese ese título que era nombre del lugar en el que tenían una posesión que aún mantenían, aunque su residencia estaba en Sevilla. El único hijo de los marqueses se llamaba José María y trasladado a Madrid para en la capital realizar sus estudios de derecho había conocido a José Antonio Primo de Rivera y, seducido por sus doctrinas y sus dotes oratorias, pronto se afilió a Falange Española. La ingenua Juanita, una de las hijas de las guardianas de Las Cigüeñas, que se ha trasladado a la casa de los marqueses en Sevilla para ser su criada, que, seducida por el hijo de los marqueses, da a luz un hijo suyo, en un típico suceso retratado en múltiples ocasiones en la literatura de la época. La obra refleja el ambiente de tensión y enfrentamiento social en el que transcurría la vida en Extremadura en el tiempo inmediatamente anterior a la guerra civil. La tierra estaba en muy pocas manos y los intentos de reforma agraria y de mejorar las condiciones de vida de los jornaleros dieron lugar a una reacción muy violenta de los propietarios. En estas circunstancias, el estallido de la sublevación militar y su intento de trasladarse a Madrid, estuvo acompañado de una inmisericorde represión que afectó todos los trabajadores de la tierra. Entre sus víctimas se encontraban casi todos los hombres de su familia, entre ellos, su marido Evaristo y su hermano Bernardo, que, como tantos jornaleros de estas tierras, fueron vilmente asesinados. Si bien es cierto que en este caso de Evaristo es además una venganza por una paliza con la que el hermano de Juanita castigó la seducción y el embarazo de la que fue joven criada en la casa de los marqueses.

Una historia paralela, y en cierto sentido complementaria; es la de la familia Rodríguez Villanueva, con cuyo hijo Esteban, abogado de ideas democráticas, el falangista José María había tenido algún incidente en el juzgado, tras la toma de Sevilla por los sublevados, los Villanueva deciden trasladarse a Badajoz. Cuando esta ciudad ya se encontraba en manos de las tropas franquistas, José María, que encuentra allí a sus integrantes, detiene a Esteban y está a punto de asesinarlo, aunque las influencias de su padre impiden al que ya era un

dirigente de la represión fascista lograr su objetivo. Como consecuencia de las persecuciones a las que se ven sometidos los Rodríguez Villanueva deciden trasladarse a Inglaterra y, ya en Londres, Esteban, cuyo romance con Carolina, joven inglesa de la que se enamora, constituye otra parte de la novela, vuelve a encontrarse con José María, que estaba en la capital inglesa, enviado por el régimen franquista en una misión diplomática, para la que se hacía pasar por portugués, y mediante la cual intentaba conseguir que Caroline, que iba a trasladarse a España, acompañando a una delegación de los países de la Comisión de no intervención, actuase en contra de los intereses de la República e hiciese creer a los integrantes de la citada comisión que las ayudas de Italia y Alemania a las tropas de Franco habían sido prácticamente inexistentes. Cuando ya estaba dispuesta Caroline a partir hacia España, el reconocimiento del gobierno de Franco por parte de Italia y Alemania hace innecesario su viaje, y al mismo tiempo, José María es detenido por la policía británica, acusado de estar en posesión de armas no autorizadas, por carecer de pasaporte en regla y por varias denuncias del Foreing Office.

El sorprendente e inimaginable final de la novela, que no resumimos, para permitir a sus lectores que sean ellos mismos los que disfruten con su lectura, nos muestra una satisfactoria y cumplida resolución de los seculares problemas que afectaron y afectan a nuestro país. Es esta reconciliación nacional la que permite Amalia consiguir su objetivo de exhumar y dar digna sepultura a una de las víctimas del fascismo que ella más intensa y sinceramente había querido.

La lectura de las 241 páginas de esta amena y distraída novela nos trasporta al apasionante clima de la guerra civil y en ella aparecen sus personajes prototípicos, tanto los vengativos y crueles “nacionales”, como los perseguidos y masacrados “republicanos”.

Sin duda es una historia optimista que nos relata acontecimientos que simbolizan la deseable coexistencia pacífica de las dos Españas, superados ya los cainitas y lamentables enfrentamientos.

Manuel Parra Pozuelo

RINCÓN DEL ARTISTA CACHORRO

Guillermo Muñoz Vázquez

Este cachorro ilicitano de 16 años promete… Promete hacer buenos guiones teatrales y cinematográficos porque le apasiona el cine, sobre todo el cine de terror. Un viento dramatúrgico le corre ¡ya tan joven! por las venas.

Lee y según él mismo afirma, resume sus veranos en escribir, escribir y escribir. Le encanta escuchar música cuando camina por la calle (no sé si esa afición le dará algún susto; tiene mucha ruta por delante), cuando hace deporte, o bajo la ducha. Adora a Lana del Rey (pequeña musa de corazones adolescentes). A su vera acuden perros, gatos, tortugas y musarañas que le siguen en procesión solemne (seguro que conoce Hamelin; tal vez su madre le ha narrado el cuento del flautista). Promete… estudiar y quiere ir de voluntario a la India o a África, donde podré tal vez guiarle si el cuerpo me lo resiste (aún no sabe este pequeño dramaturgo de mi crianza africana), porque quiere ayudar a la gente que más lo necesita. ¡Qué Dios y Melpómene oigan su joven corazón palpitante de ideales y de pasiones!

Mercedes R. García-Olías

MACABRO

Me siento y coloco sobre mi regazo una servilleta de tela. Aún no sé por qué he aceptado tener una cita con él, pero a pesar de eso, solo pensaba en lo amable que era conmigo. Se había portado muy bien después del secuestro de mi hermana. Con ella ya habían desaparecido once jóvenes sin dejar ni rastro. ¿Qué clase de demente podría llevarse a todas esas chicas y arrancarlas de sus vidas?

Acaricio los bucles de mi cabello mientras miro sus verdosos ojos y pienso: "¿Tendrá algún defecto este hombre de misteriosa esencia?" Sitúa en frente de mí un plato de suculenta carne rojiza. Pruebo el chuletón sazonado con estragón y siento que mi paladar canta. Era la mejor carne que jamás había probado, e, inmediatamente, acabo con casi toda la pieza. De pronto, mi móvil comienza a sonar y lo busco en mi bolso, pero lo que obtengo es una foto de mi hermana. Las lágrimas acuden a mis ojos. "No llores" me dice con una siniestra sonrisa "Ella está más cerca de lo que piensas". Miro mi plato vacío impregnado de su jugo y entonces lo comprendo todo. ¿Qué clase de carne era esta? No podía ser. Me muerdo la lengua y siento el sabor de la sangre, el sabor del horror. Vuelvo a mirarle a los ojos, ahora macabros: "¿Te gustaría repetir?"

Guillermo Muñoz Vázquez

Asociación Cultural
AUCA de las Letras

INSTITUTO ALICANTINO DE CULTURA JUAN GIL-ALBERT

DIPUTACION PROVINCIAL DE ALICANTE